

MEMORIA GEOLÓGICO-MINERA

DE LAS ISLAS FILIPINAS. (*)

Escrita por el ingeniero inspector general del ramo en el archipiélago; D. José Centeno y García.

PRIMERA PARTE.

RESEÑA FÍSICA Y GEOLÓGICA.

Situación, Límites y Extensión.

Las Islas Filipinas forman uno de los más ricos archipiélagos de la Malasia, y se halla situado al norte de esta parte de la Océania entre los 120° 40' y 130° 37' de longitud del meridiano de Madrid y los 5° 9' y 21° 3' de latitud norte, comprendiendo un espacio de 350 leguas de N. á S. por 231 de E. á O. Hállase limitado este Archipiélago al N. y E. por el mar de China, al S. por el de Célebes y al O. por el grande Océano Equinocial.

El número de estas islas no se sabe á punto fijo, pero excede segun los últimos datos de 1.400, siendo la mayor y mas importante de todas ellas la de Luzon, al norte del Archipiélago; y su capital Manila está situada hácia la parte media de la costa occidental y en el fondo de una hermosa bahía, cuya entrada se halla dividida en dos bocas por la pequeña isla del Corregidor, desde la cual hasta el fondeadero de Manila se miden 24 millas próximamente, siendo este el diámetro medio aproximado de toda la bahía.

Desde el extremo sur de Luzon parten dos ramificaciones principales que abrazan todas las demás islas del Archipiélago: una al S. O. y otra al S. E. La primera de estas dos líneas empieza por la isla de Mindoro y sigue por las Calamianes, Paragua ó Pallawan, Balabac y otra multitud de islitas de menor importancia. Comprende la segunda las islas Marinduque, Maestrecampo, Tablas, Romblon, Sibuyan, Burias, Ticao, Masbate, Samar, Leite, Cebú, Negros, Panay, Bohol y otras menores, terminando en la gran isla

de Mindanao, que después de Luzon es la mayor de todas.

La situación relativa de las islas que componen el Archipiélago, y la dirección próximamente igual de sus principales montañas, parecen indicar la existencia en épocas remotas de una inmensa cordillera que, corriendo de norte á sur y habiéndose sumergido en parte por movimientos geológicos en el fondo de los mares, dejó al descubierto las crestas culminantes que forman hoy las islas que estudiamos. Esta hipótesis sobre la formación del Archipiélago filipino, como todas las que se hagan sobre la geología de este país, es aventuradísima. La gran extensión que comprenden estas provincias españolas, la dificultad, muchas veces insuperable, de las comunicaciones, y el olvido en que hasta ahora se encuentran estas islas para la ciencia, son otras tantas causas de que no se posean datos geológicos de ningún género, únicos que pudieran dar alguna luz sobre su origen. Tenemos, sin embargo, algunas razones en que apoyar aquella hipótesis; pero razones de tan escasa fuerza, que apenas nos atrevemos á enunciarlas temiendo que un solo hecho, un nuevo dato adquirido, venga á echar por tierra tan incierta teoría. Tales son, por ejemplo, la analogía que hemos observado en la mayor parte de las formaciones geológicas de las distintas islas que hemos recorrido; la ausencia de fósiles modernos en los puntos algo elevados sobre el nivel del mar, y la dirección de los estratos de igual composición y edad en diferentes islas.

Las arcillas, pizarras, areniscas y hullas de la isla de Cebú, tienen la misma dirección é inversa inclinación que las de igual clase de la isla de Negros, y prueban que aquellas formaciones carboníferas son una misma que atraviesa el estrecho del Tañon, que separa hoy las dos islas, y bajo cuyas aguas se ha sumergido parte de la cuenca.

Lo mismo sucede con las arcillas y hullas del S. E. de Luzon, que aparecen en las inmediaciones del puerto de Sugud, de la jurisdicción de Bacon, en dirección N. 20° O. Si se traza sobre el mapa una línea en esta dirección, pasa por la isla de Batan y por la costa de Caramuan en Camarines, en cuyos puntos aparecen las mismas capas con iguales direcciones; lo que permite suponer que constituyen todas una sola formación, sumergida en parte en las aguas de los senos de Albay y de Lagonoy.

Estos dos hechos que hemos estudiado con

(*) En la reproducción de este interesante trabajo científico, el mas completo de su clase que se ha escrito sobre este país, y publicado en Madrid de Real orden, omitimos por falta de espacio la disposición del Ministerio de Ultramar, de 28 de Marzo último, proponiendo á su autor, el Sr. D. José Centeno, para una encomienda de Isabel la Católica, libre de gastos, y el informe de la Junta Superior facultativa de Minería que califica muy favorablemente esta Memoria geológico-minera. (N. del E.)

detencion, dan en realidad algun fundamento, si no para asentar con certeza la teoría del descenso de un gran continente, para indicarla al ménos; y dada esta hipótesis, seguir haciendo observaciones análogas que, ó bien confirmen mañana la teoría, ó la remplacen por otra mas racional y fundada.

Orografia.

Las cordilleras mas notables son las que se encuentran en la isla de Luzon y parecen arrancar todas de un nudo central llamado los Caravillos, elevadísimos montes cuya cúspide mas alta se halla situada en los 124° 30' longitud y 16° 7' latitud norte. Desde este punto parten tres cordilleras principales que constituyen, por decirlo así, el sistema general de Luzon. La primera, en direccion norte próximamente, sirve de divisoria á las provincias de Nueva Vizcaya y Cagayan que se encuentran al E., separadas por ella de las de Ilocos Norte y Abra, terminando en el mar de China por la punta llamada Pata. Corre la segunda al N. N. E. constituyendo los montes llamados Sierra Madre, y sirve tambien de límite natural á las provincias de Cagayan y Nueva Vizcaya, dejándolas al oeste separadas de la de Nueva Ecija, y terminan al norte de Luzon en el Cabo Engaño. La tercera cordillera del sistema, parte del oeste del Caraballo en direccion sur, atravesando la provincia de Nueva Ecija hasta la de la Laguna, en donde cambiando de direccion hácia el este, atraviesa con ligeras inflexiones las provincias de Tayabas, Camarines Norte y Sur y Albay, terminando sus diversas ramificaciones en el mar Pacífico. Cerca del punto de partida y hácia el centro de la provincia de Nueva Ecija, presenta esta gran cordillera una prominencia elevadísima que forma el monte llamado Caraballo de Baler.

Además de estas tres principales líneas de montañas que corren la isla, hay otras secundarias de alguna importancia, tales como la Sierra de Mariveles, que partiendo del puerto del mismo nombre, á la entrada de la bahía de Manila, corre en direccion N. N. O., sirviendo de divisoria á las provincias de Pangasinan y Pampanga y á la de Zambales, y termina en el Cabo Bolinao, al extremo del golfo de Lingayen; la cordillera que, corriendo casi paralela á la primera de las tres principales, separa la provincia de Ilocos Sur de la de Abra, constituyendo los montes Pombo, Patag, Malagusa y otros, y algunas mas de menor en-

tividad, cuya descripción no nos permite la índole especial de este trabajo.

Segue en importancia á la isla de Luzon, en cuanto al número y extension de sus cordilleras, la gran isla de Mindanao, al sur del Archipiélago; pero la exígua poblacion que contiene, en su mayor parte de razas salvajes no sometidas, y la misma frondosidad de sus espesísimos bosques, impenetrables en muchos puntos, no han permitido hasta ahora un estudio, siquiera fuese ligero, del interior de la isla. Así que sólo se conocen los extremos de las grandes cordilleras que la cruzan, y que al tocar al mar forman las puntas y ensenadas de su litoral. Sin embargo, de las pocas expediciones que al interior se han hecho y del estudio algo mas detallado de la zona del litoral, dedúcese que una cordillera de primer órden corre en direccion este oeste, desde el istmo que separa los senos de Sibuguey y Sindangan, hasta cortar casi perpendicularmente á otra que corre próximamente de norte á sur muy cerca de la costa oriental de la isla. De la primera de estas dos cordilleras parten ramificaciones hácia el norte y hácia el sur. Las primeras forman las puntas Quipit, Maralag, Tagló, Sulaban, Sipaca, Divata y Banajan, que son los principales puntos salientes de la costa norte de la isla. Entre las puntas Quipit y Maralag se interná la bahía de Sindangan; la ensenada de Dapitan entre Maralag y Tagló; entre Tagló y Sulaban la bahía de Iligan; entre Sulaban y Sipaca la bahía de Macajalar, y últimamente entre punta Divata y punta Banajan queda comprendido el gran seno de Butuan.

Las segundas, ó sean las ramificaciones hácia el sur, constituyen en la parte occidental los montes Silingan, Taguit y Pambigan, que corren por el centro de la pequeña península á cuyo extremo sur se halla situada Zamboanga, capital antigua de Mindanao, separada de la pequeña isla Isabela por el estrecho de Basilan. A la parte oriental y paralelamente á la costa oeste del seno de Davao corren los montes de Apo, en cuya parte central se eleva el gran volcan del mismo nombre, que solo á largos intervalos da ligeras señales de actividad.

Entre esta ramificacion y la cordillera general de oriente á occidente, se halla comprendida la cuenca del rio Grande de Mindanao, navegable para embarcaciones de siete piés de calado hasta una distancia de 30 leguas de su desembocadura, dejando á uno y

otro lado de sus márgenes un hermoso valle de diez leguas de anchura, sin grandes desniveles y susceptible de ricas producciones, como tabaco, cacao, caña de azúcar, maiz y algodón, de que hoy sólo se conocen pequeñas muestras, que presentan las miserables rancherías de moros que habitan en las inmediaciones del río.

La costa oriental corre, según hemos dicho, paralela y muy próxima á la segunda cordillera ya citada, siendo, por lo tanto, ménos quebrada que la costa norte. Esta gran cordillera se dirige desde las inmediaciones de Surigao hácia el sur y termina en el cabo San Agustín, entre el cual y punta Gorda queda comprendido el seno de Davao. Desde punta Gorda á punta Panquitan, extremo meridional de la isla, corre paralelamente á la costa otra cordillera de elevados montes volcánicos, entre los que descuellan hácia el sur los de Bululan, próximos á la bahía de Sarangani.

La costa sur de la isla no tiene importancia alguna ni por su población ni por los accidentes que ofrece, en la parte comprendida entre punta Panguitan y punta Tapan; pero desde esta última hasta Zamboanga presenta entradas notables, tales como la gran bahía Illana, el puerto de Dumanguilas y el seno de Sibuguey, que están llamados con el tiempo á recibir una gran población que cultive los feraces terrenos de sus costas. En la bahía Illana desemboca el río Grande de Mindanao por dos anchos brazos, sobre uno de los cuales, y próxima á su desembocadura, se halla la población de Cottabato, capital hoy de la isla. Muy cerca de la desembocadura del río Grande se encuentra el pequeño puerto de Pollok, desde el cual se divisan los elevados montes Rangaya, á 7 ú 8 leguas de distancia, y cuyo punto culminante es el volcán de Macaturin que hizo su última erupción en 1872, siendo precursores de ella los terribles temblores que echaron por tierra una gran parte de Cottabato, Pollok y todos los pequeños pueblos moros de las márgenes de río Grande. El puerto de Dumanguilas, de fácil acceso, considerable extensión y de un braceaje regular de cuatro á ocho brazas, es el mejor de la isla, y quizás uno de los mejores del Archipiélago; sin embargo, no existe en su costa población alguna. El seno de Sibuguey se halla rodeado de elevados montes que forman la gran cordillera central de que hemos hablado, y la ramificación que se dirige hácia Zamboanga, y en dichos montes

á más de las ricas producciones vegetales como la canela, café, cacao y otras, se encuentran criaderos carboníferos, cuya importancia no ha podido apreciarse aún, por lo difíciles y peligrosas que son las comunicaciones con el interior.

Las demás islas del Archipiélago, comparadas con las dos que llevamos bosquejadas, tienen poca importancia bajo el punto de vista orográfico. Solo las de Mindoro, Paragua y Panay merecen, ya por su extensión, ya por el relieve de su superficie, una descripción especial; pero de las dos primeras poco ó nada puede decirse, porque apenas se hallan exploradas en su interior.

De la isla de Mindoro solo se conocen las extremidades de sus cordilleras, que forman las puntas ó cabos del litoral: tales son las de Calavite y Pandan por el oeste, la de Escarceo al norte, la de Dumali al este y la de Baruncan al sur. Todas estas puntas son estribos de cordilleras que se dirigen al interior, pero cuya dirección y enlace nos son completamente desconocidos.

La isla de la Paragua, cuya dirección general es de nordeste á sudoeste, su forma prolongada y cuya longitud no baja de 65 leguas, tiene una cordillera central en toda su corrida, de la cual parten á una y otra costa pequeñas estribaciones, formando valles que, á causa de la pequeña anchura de la isla, son muy poco importantes; distinguiéndose entre todos el del Río Inaran, que bajando de los montes de Matalingajan, va á desembocar junto á la punta de Izay-Izay, siguiendo la dirección de N. O. á S. E. La gran cordillera central termina al sudoeste en la punta Buliluyan, enfrente de la isla Balabac, cuyos montes parecen continuación de aquella, y por el N. O. llega á punta Cabuli.

Tiene la isla de Panay bastante extensión para contener tres provincias importantes del Archipiélago, que son las de Iloilo, Antique y Capiz, y se halla más reconocida en su interior que las dos anteriores. Próximamente en el centro de la isla se encuentra situado el sitio de intersección de las tres principales cordilleras que la cruzan. La una, partiendo de este punto, termina al N. E. en la punta Bulacaue y sirve de divisoria á las provincias de Capiz é Iloilo. Otra que desde aquel punto se dirige al S., acaba en la punta Naso y divide también las provincias de Iloilo y Antique; y la tercera, que se dirige al N. O., termina en punta Potol y sirve también de límite natural á las provincias

de Antique y Capiz. Estas tres cordilleras, que arrancan de un nudo central, forman tres valles principales, subdivididos en otros muchos secundarios.

El más importante es el que corresponde á la provincia de Iloilo, tanto por su mayor extension cuanto por ser ménos desigual y seguir por él su curso el rio Jalaur, el principal de la isla, que teniendo su origen cerca del nudo central, viene á desembocar en Dumangas, cerca del puerto de Iloilo. Los otros dos valles, correspondientes á Capiz y Antique, se hallan más subdivididos por estribaciones secundarias de las cordilleras divisorias, y no tienen rios importantes que merezcan especial mencion.

La orografía de las demás islas del archipiélago se reduce por punto general á una cordillera central en sentido de la longitud, como en Masbate, Leyte, Bohol, Cebú, Negros y muchas otras de menor extension, desde la cual y á uno y otro lado corren las aguas al mar por pequeños valles formados por estribaciones laterales, y en algunas otras, como en Samar, se presentan escarpados montes sin enlace continuo ni direccion fija, dando lugar á pequeños valles irregulares, cuyas aguas salen al mar formando riachuelos de escasa importancia; y últimamente, en otras más pequeñas sólo aparece un pico ó monte central por cuyas faldas corren las aguas en todas direcciones por pequeñísimos arroyos: tales son las islas de Polillo, Catanduanes, San Miguel, Cacraray, Bato, Ticao, Capul, Marinduque, Maricaban, Lubang, Corregidor y muchas otras.

Volcanes.

La accion volcánica ha ejercido una gran influencia en la orografía de este archipiélago, Pocas son las islas en donde esta accion no se manifiesta de algun modo, ya por los característicos conos á que este fenómeno da origen, ya por las diversas rocas volcánicas que en mayor ó menor cantidad se encuentran casi en todas las islas, ya por los temblores de tierra que frecuentemente se experimentan en todas ellas. La clasificacion y deslinde de los terrenos á que alcanza la influencia de este fenómeno, daría lugar á estudios tan difíciles como complicados, que ni aun se ha tratado de emprender formalmente. Así es, que solo se conocen los efectos de la accion volcánica por hechos aislados, y aún sobre estos no se han recojido datos de interés que puedan ilustrar este estudio de un modo preciso y terminante. Ob-

sérvase, sin embargo, que la accion volcánica no se halla repartida en el Archipiélago de una manera arbitraria é irregular, sinó que por el contrario se ejerce por grandes líneas casi paralelas entre sí, que miradas en globo podrian ser agrupadas en dos grandes zonas, cuya direccion sensiblemente igual, podría fijarse de N. N. O. á S. S. E.; dando así lugar á dos sistemas paralelos, que para distinguirlos llamaremos del Taal y del Mayon; nombres que llevan los dos volcanes de mayor y más frecuente actividad en los dos sistemas

El primero. ó sea el sistema de Taal, tiene su principio en el norte de Luzon comprendiendo los distritos de Lepanto y Benguet, en los que se encuentran evidentes indicios volcánicos; representados no tan sólo por el gran cono de Data, no léjos de Mancayan, coronado, segun noticias de algunos igorrotas infieles, por una gran laguna, sinó tambien por los abundantes manantiales termales, sulfurosos y salinos de las rancherías de Mangangan, Acual y Burias, del distrito de Benguet; sigue luego hácia el sur y comprende las lagunas de Mangabol, Canaren y Candava, probablemente volcánicas, entre las cuales y en medio de la gran llanura de la Pampanga, se levanta el solitario y elevadísimo cono del Arayat, cuya forma, situacion y naturaleza de las rocas que le constituyen, no dejan duda alguna sobre su origen esencialmente volcánico. Prolongando la direccion de esta zona, determinada por los puntos indicados, la vemos pasar luego por los picos de Mariveles, Corregidor, Pico de Loro, Volcan de Taal (en actividad), Monte Banajao y otras varias prominencias de origen volcánico, así como por una gran extension de terrenos bajos constituidos en su mayor parte por tobas volcánicas recientes, empleadas en la construccion en casi todos los pueblos comprendidos en esta zona.

A partir del volcan de Taal y los picos adyacentes de Tambol y Malarayat, la formacion volcánica desaparece bajo las aguas del mar de Mindoro, reapareciendo en algunas islas que se encuentran en la direccion indicada; tales como Panay, en donde hemos reconocido no hace mucho tiempo las abundantes emanaciones gaseosas inflamables de los montes de Janiway de la provincia de Iloilo; en isla de Negros, en cuyo centro se eleva el magnífico volcan Canlaon ó Malaspina, cuya moderada actividad se manifiesta con frecuencia; y en la isla de Fuego, cuyo solo nombre indica su origen. En la

de Mindanao aparecen también como en Luzon los dos sistemas perfectamente definidos, corriendo el que nos ocupa ahora por la parte occidental de la isla á lo largo de la cordillera Illana, cuyas faldas occidentales forman la costa de la bahía del mismo nombre, en donde hemos recogido gran cantidad de rocas volcánicas (traquitas, fonolitas, etc.) procedentes sin duda del gran volcan de Macaturim en la misma cordillera, que ha tenido épocas de prodigiosa actividad en el siglo pasado, lanzando enormes bloques de conglomerados de diversas rocas ígneas, como los que hoy se ven en el puerto de Pollok, distante siete leguas del volcan. Es presumible que, siguiendo la línea determinada por los volcanes Canlaon en la isla de Negros y Macaturim en Mindanao, se encuentren por el interior de la última isla abundantes indicios volcánicos que corroboren la continuacion de la gran línea que venimos señalando; pero nada puede afirmarse todavía con seguridad, porque las noticias que del interior de Mindanao se tienen son tan vagas é inciertas, que ni aun pueden servir de base para aventurar una opinion. Por nuestra parte, hemos recorrido el Rio Grande hasta Matincawana, distante de su desembocadura treinta leguas, y hemos podido observar muchas colinas cónicas como la de Cottabato, que nos han animado á sostener nuestra opinion; pero la expedicion que hicimos, era formando parte de una comision encargada principalmente de informar al Gobierno sobre la importancia y provenir del 5.º Distrito de Mindanao, para resolver la traslacion definitiva de la capital de la isla á Cottabato; y sujetos al orden de estudios que la comision había trazado, no nos fué posible extender nuestras observaciones, como en otro caso lo hubiéramos hecho.

El segundo sistema tiene por principal representante en actividad el monte Mayon, magnífico cono de unos 8.000 piés de altura, que desde la orilla del mar en el fondo del gran seno de Albay, se eleva majestuoso, presentando un perfil matemático coronado siempre por un gran penacho de vapores, que con extraordinaria rapidéz y abundancia exhala de su cráter. Este volcan es el mas notable entre los del Archipiélago y quizás uno de los que mas merecen la atencion en el mundo, por la rara belleza de sus líneas, la perfeccion de su cráter, su situacion á la orilla del mar por una parte, y por la otra extendiéndose desde su base (que no tendrá

ménos de cinco leguas de diámetro) hermosas llanuras cultivadas, en las cuales se levantan los mejores pueblos de la provincia de Albay, situados todos alrededor del volcan, y víctimas algunos de ellos de terribles erupciones, principalmente de las que tuvieron lugar en los años de 1766 y de 1814.

Si desde este volcan, cuyo cráter se halla situado en los $127^{\circ} 20' 10''$ de longitud del meridiano de Madrid y $13^{\circ} 14' 40''$ latitud norte, trazamos una línea próximamente paralela á la direccion que hemos marcado al primer sistema, la veremos pasar al N. N. O. por el Isaró, inmenso cono volcánico ya apagado en el centro de la provincia de Camarines Sur; y al S. S. E. por el Bulusan, que aunque no tan activo como el Mayon, desprende, sin embargo, en algunas ocasiones abundantes vapores acuosos y sulfurosos. Estos tres volcanes y algunas otras cúspides de menor importancia, tales como las de Colasi y Labo en la provincia de Camarines Sur y las de Iriga, Buhi, Masaraga y Pacdol en la de Albay, determinan ya la direccion general de este sistema, que desapareciendo cerca de Bulusan (extremo sur de Luzon) bajo las aguas del mar, volverá seguramente á aparecer en alguna de las islas que se encuentran en dicha línea, tales como Leyte, con sus grandes depósitos de azufre, y algunas otras que por falta de observaciones no han podido aún determinarse. Sin embargo, la reciente aparicion del volcan de Camiguin, pequeña isla, al norte de Mindanao, situada entre los $128^{\circ} 3'$ y $128^{\circ} 7'$ de longitud y $9^{\circ} 4'$ y $9^{\circ} 7'$ de latitud norte, no deja en nuestro concepto duda alguna sobre la continuacion del sistema Albay por el centro de Mindanao, pasando por el volcan llamado Apo, hácia el centro de la isla, y por los montes volcánicos de punta Panguitan ó Sarangani.

Si no temiésemos ser demasiado difusos y cambiar la índole general de este trabajo, haríamos una descripcion detallada de los fenómenos y efectos que produjo la aparicion del nuevo volcan de Camiguin, el dia 30 de Abril de 1871, anunciada por frecuentes y enérgicos temblores de tierra en dicha isla y las inmediatas, desde 16 de Febrero del mismo año en que empezaron á sentirse, y fueron aumentando en número é intensidad hasta el citado 30 de Abril en que cesaron bruscamente en todas partes, quedando sólo reducidos los movimientos á la pequeña superficie en donde

aquel mismo día apareció el volcan, á unas 200 brazas al S. O. del pueblo de Catarman. A las tres de la tarde empezó á elevarse de aquel sitio una espesa columna de vapores negros, con fuerte olor de azufre, que inflamándose de pronto comunicó el fuego al bosque, presentando así un espectáculo horrible á los habitantes de Catarman, que huyeron despavoridos creyendo que el fuego interior brotaba por todas partes.

Consumida por las llamas una gran extension del bosque, quedó reducida al cabo de una semana la accion volcánica á un pequeño cono de dos metros de altura que iba vertiendo lava hácia el mar, y ganando á la vez altura y extension; pero ha sido tal la actividad del cráter que hoy, á los cuatro años de existencia, mide ya una altura de 1,500 piés sobre el nivel del mar, al cual ha ganado media milla de extension.

Resulta, sin embargo, que al paso que en Luzon se presentan los dos sistemas de Taal y Albay sensiblemente paralelos y á unas 120 millas de distancia, vuelven ó aparecen en Mindanao mas próximos entre si (64 millas desde isla de Fuego á Camiguin) y habiendo perdido algun tanto su paralelismo, lo cual hace suponer que ambos sistemas llegarán quizas á encontrarse al sur del Archipiélago y podrán ser entonces considerados como dos ramificaciones de uno solo. Esta hipótesis, por aventurada que parezca, la creemos, sin embargo, muy admisible, teniendo en cuenta que la direccion media de los dos pasaría en su prolongacion hácia el sur por la isla de Sanguir, eminentemente volcánica, y llegaría al grupo de las Molucas, en algunas de las cuales se han presentado en distintas épocas, y muy recientemente en 1870, notables erupciones. ¿Podríamos, pues, suponer que el Archipiélago filipino se halla atravesado de sur á norte próximamente por una gran zona volcánica, que partiendo del archipiélago de Molucas llegase á Formosa, en donde segun parece se encuentran tambien indicios volcánicos? Dificil es hoy, con los escasísimos datos que se poseen, apoyar sólidamente esta hipótesis; pero la aventuramos, sin embargo, confiados en que nuestras propias observaciones en adelante, ó las de otras personas mas competentes, vengán á corroborarla.

Termas.

Como fenómeno íntimamente relacionado con la accion volcánica, citaremos algunos manantiales termales que se conocen en el

Archipiélago, dignos de llamar la atencion, unos por la elevada temperatura de sus aguas, otros por la abundancia de sustancias minerales que contienen, y todos por los benéficos efectos que pudieran producir en la salud, si estudiados convenientemente se les diese aplicacion adecuada á su distinta naturaleza. Una comision compuesta de facultativos competentes que llevase á cabo este estudio, haría en poco tiempo servicios importantísimos al país, poniendo de manifiesto una nueva riqueza cuya explotacion, fundada en informes científicos, no tardaría en verificarse.

En la isla de Luzon, sin duda por ser la mas estudiada, es donde se conocen mayor número de manantiales termales. Ya hemos indicado ligeramente al tratar de los volcanes, la existencia de aguas sulfurosas termales en las rancherías de Magangan y Buguias, del distrito de Lepanto. En la distancia que separa la ranchería de Magangan, de la de Acual, aparecen multitud de chorros de agua sulfurosa con fuerte olor á huevos podridos, y con temperaturas variables desde 16 á 50 grados centígrados. Es notable uno de estos chorros, que despide casi constantemente gran cantidad de lodo negro con el mismo olor de las aguas y cuya composicion ignoramos. En la proximidad de todos estos manantiales se ha depositado gran cantidad de azufre, que por falta de aplicacion inmediata nadie se ocupa de explotar. Desde Acual se llega á Amblimay, distante cinco leguas, por camino fácil y agradable, pasando por las rancherías de Lutap y Cabayan, notables por su riqueza agrícola y pecuaria, y desde el último punto se llega á Buguias siguiendo el curso del rio Agno, que hay que atravesar muchas veces en la corta distancia de media legua que separa ambos pueblos. El caserío de Buguias se halla situado en la falda del monte en que aparecen los manantiales, á muy corta distancia de estos y algo mas elevado. El agua de los 37 chorros que en tan corta distancia aparecen es muy salada, y de tan alta temperatura que no puede resistirse en la piel mas que 2 ó 3 segundos. De estas aguas extraen los naturales la pequeña cantidad de sal comun que necesitan para su consumo.

En el distrito del Abra aparecen tambien algunos manantiales calientes en los pueblos de Villavieja y San Guillermo. Los del primero tienen una temperatura bastante elevada, pero no puede apreciarse á simple vista si contienen algun principio mineral en disolu-

cion, sucediendo lo mismo con las de San Guillermo, cuya temperatura es más baja.

Una de las provincias más abundantes en aguas termales es la de la Laguna; siendo muy notables y dignos de llamar la atención del Gobierno, ya que del interés particular poco es lo que puede esperarse todavía en este país, los numerosos y abundantísimos manantiales termo-minerales que han dado nombre al pueblo de Maynit (caliente), en cuyas inmediaciones se encuentran, y en el cual existen todavía las ruinas de un edificio de fábrica, con las obras necesarias para el encauzamiento y distribución de las aguas, emprendidas y llevadas á cabo en 1671, si bien mucho ántes eran ya conocidas y aplicadas á diversas enfermedades. Este utilísimo y caritativo establecimiento, erigido y administrado por la corporación religiosa de PP. Franciscanos, fué devorado por las llamas en 1727, cuando habia pasado ya al Patronato Real, y nadie despues ha vuelto á ocuparse de su reconstrucción. Los manantiales se encuentran en la falda del monte Maquiling y cerca de la playa de la gran laguna de Bay, donde está situado el pueblo de Maynit, que ha recibido tambien el nombre de «Los Baños.» Existen en esta localidad varios surtidores de agua caliente, y el más importante, el que alimentaba exclusivamente al antiguo establecimiento, da lugar á un pequeño arroyo que, convenientemente canalizado, conducia las aguas al aire libre hasta el edificio-hospital, adonde sin embargo llegaban con una temperatura de 84° centígrados, distribuyéndose despues en el establecimiento en baños de diferentes temperaturas.

La composición de estas aguas, segun análisis hecho en Manila hace muchas años, pero que no hemos podido comprobar, da la composición siguiente sobre 6 libras de agua:

Cloruro de calcio	60	granos.
Cloruro de magnesia.	2 1/2	»
Cloruro de sodio	26	»
Sulfato de sosa.	4 1/2	»
Oxido de hierro.	» 1/2	»
Arcilla insoluble.	8	»

En la misma provincia existen otros manantiales calientes y minerales en Pagsanhan, á la márgen derecha del rio Bumbungan, en donde brota un abundante chorro de cuatro pulgadas de diámetro de agua transparente y tibia que, á juzgar por el sedimento rojizo que deposita, contiene una notable cantidad de hierro en disolución,

siendo por lo tanto susceptible de importantísimas aplicaciones en la medicina. Las mismas ó muy análogas aparecen en las inmediaciones del célebre santuario de Antipolo, situado en uno de los montes más elevados que rodean á la gran laguna; y es indudable que en toda esta comarca se encontrarían, con un estudio detenido, otros muchos manantiales, que dada su proximidad á Manila y lo frondoso y pintoresco del terreno, harían de esta provincia el sitio de salud y de recreo para los habitantes de las inmediatas, el dia en que, estudiadas la composición y propiedades de las aguas, así como las ventajósísimas aplicaciones á la salud que de ellas pudieran hacerse, se levantasen algunos establecimientos, siquiera fuese en pequeña escala.

Se encuentran tambien manantiales calientes en la provincia de Tayabas, en los montes que separan el pueblo de Mauban de la capital, y aunque de propiedades poco conocidas, son sin embargo muy frecuentados por los indios de aquellas inmediaciones.

La provincia de Batangas es tambien muy rica en aguas minerales, pues ademas de las aguas sulfúricas del volcan de Taal, de que luégo hablaremos, se encuentran en ella varios manantiales importantes. En el pueblo de San Luis y sitio llamado Maynit (caliente) brotan en la superficie algunos chorros de agua caliente que dejan un abundante sedimento ferruginoso. Las aguas del arroyo Panipil, cerca del pueblo de Lemery, son muy sulfurosas y se aplican con buen éxito por los indios en las enfermedades cutáneas. En territorio del mismo pueblo por el camino que conduce á Calaca, en el sitio llamado Matasnabayan hay tambien algunos manantiales ferruginosos muy poco conocidos y usados. Existen asimismo en los montes de Taysan, termas cuya composición desconocemos, pero que aplican los naturales con buenos resultados en las enfermedades de la vejiga y en las cutáneas, usándolas ademas como purgante eficaz en muchos casos; y últimamente al sudeste de Bauan, cerca de la punta «Cazador,» hay otro pequeño manantial, al que acuden algunos enfermos de reuma y parálisis en busca de alivio á sus dolencias, que suelen hallar.

Se encuentra en esta misma provincia el volcan de Taal, en cuyo cráter existe una pequeña laguna de aguas cargadas de ácido sulfúrico. Este fenómeno tan notable, así como otros detalles curiosísimos que presenta este volcan, nos obligan á hacer aquí una

descripcion de él, siquiera sea ligera.

En el centro de la Laguna de Bombon, se levanta una pequeña isla formada en su mayor parte por lavas y rocas volcánicas, desde cuya cúspide se eleva majestuosamente una inmensa columna de humo blanquecino, que llega á confundirse con las nubes de la atmósfera. La altura de este cráter sobre el nivel de las aguas de la Laguna es de unos 400 metros y su circunferencia de una legua próximamente. Hasta el mismo borde del cráter puede hacerse con facilidad la ascension por la vertiente oriental de la isla, y una vez en la cumbre se encuentra el viajero sorprendido por un verdadero abismo, en cuyo fondo y á la profundidad de unos 500 metros, se distingue otro pequeño cráter en donde tiene nacimiento la gran columna de vapores de que hemos hablado. Muy cerca de este cráter interior y hácia la parte oriental, se ve una pequeña laguna cuyas aguas de color verde oscuro despiden abundantes vapores sulfurosos, y cuyos bordes se hallan formados de lava y de sales que deben ser de magnesia, cal y sosa, segun veremos luego en el análisis que de dichas aguas presentaremos. Varía con frecuencia la extension de esta laguna interior, pero casi nunca baja de unos 60 metros de diámetro.

La desigualdad de las paredes del gran cráter, la forma escalonada que presenta en muchos puntos, las frecuentes grietas y pequeños barrancos que en ellas aparecen, permiten descender hasta el fondo y reconocer de cerca el pequeño cráter en actividad y los mil accidentes curiosísimos de esta imponente caverna. Se halla formada la superficie interior principalmente por lavas, cenizas, arena muy fina, piedra pomez, gran cantidad de azufre y sales cristalizadas de sosa, magnesia y cal. Las aguas de la pequeña laguna no están calientes y tienen un sabor acre y amargo, que desaparece, sin embargo, á los pocos instantes de paladearla. Tiene el cráter interior una circunferencia de 80 metros próximamente, y en su fondo se ve, cuando se desciende por las paredes del antiguo, un líquido amarillento en ebullicion violenta, que con ruidos subterráneos aparece y desaparece con rapidéz pasmosa, presentando puntos de vivísima combustion, y dando lugar á la columna de vapores que por el centro del gran cráter sale á la atmósfera.

El agua de la Laguna interior presenta la composicion siguiente:

Ácido sulfúrico.	2,98
Clorohídrico.	3,16
Oxido ferroso.	1
Arcilla.	1,04
Magnesia.	0,20
Cal.	0,08
Sosa.	1,02
Agua.	90,52
	100,00

De las 2,98 partes de ácido sulfúrico se han encontrado libres ó no combinadas 2,47.

En la provincia de Albay, cerca del pueblo de Tibi y en el sitio llamado Igabó aparecen varios manantiales termales con distintas temperaturas, y conteniendo unos gran cantidad de azufre, que se deposita al descomponerse el hidrógeno sulfurado, y otros con silice gelatinosa en disolucion, que las aguas, al enfriarse, depositan sobre los objetos que en ellas se introducen, incrustándolos en poco tiempo con notable perfeccion.

Los sulfurosos aparecen en varios puntos del cauce de un pequeño arroyo, cuyas aguas, de temperatura ordinaria, mezcladas convenientemente con las termales, producen baños de la temperatura que se desee. Debajo de los cantos rodados, que forman el cauce del arroyo, se encuentran pequeños depósitos de azufre sublimado, y en algunos puntos kaolin en estado pastoso y coloreado por óxidos metálicos, que se emplea en la localidad para la pintura. Los segundos, ó sean los manantiales silíceos, aparecen como á unos doscientos metros de los primeros, y son mucho mas notables que ellos; no solo por la mayor extension que ocupan, sino tambien por su elevadísima temperatura (108° centígrados), y las bellísimas concreciones silíceas que producen, ya constituyendo conos achatados con terminaciones cilíndricas, perfectamente escalonados y con fajas de distintos colores, ya formando pequeñas oquedades cilíndricas y semiesféricas, llenas de agua caliente del todo tranquila y trasparente, en las cuales pueden obtenerse con algun cuidado las mas puras incrustaciones silíceas, con solo introducir en ellas los moldes durante algunos dias.

Estas aguas termo-minerales, conocidas no hace mucho tiempo, empiezan sin embargo á usarse con éxito asombroso en algunas enfermedades, y hemos visto casos de reumas inveterados y de parálisis, curarse completamente en corto plazo.

Muy relacionadas con ellas, y sin duda del mismo origen, son las termas que existen, casi á la orilla del mar, en la costa que une los pueblos de Legaspi y Bacon, en donde constantemente se ve una nube de vapores elevarse del sitio donde aparecen. La falta absoluta de comunicaciones por tierra á este punto, y lo peligroso del viaje por mar durante una gran parte del año, son sin duda la causa de que estas termas sean casi desconocidas para todo el mundo.

En otras muchas islas del Archipiélago existen manantiales termales; pero las noticias que de ellos tenemos se reduce únicamente á saber su existencia, sin que podamos determinar ni su temperatura ni las sustancias que contienen en disolucion. Solo hemos podido reconocer uno de la isla de Mindanao cerca de Cottabato, en la colina que lleva este nombre. Hacia el medio de la altura de la colina y en la falda que mira á la poblacion, aparece un pequeño manantial caliente y muy sulfuroso, cuyo olor característico empieza á notarse desde alguna distancia. La temperatura del agua en el punto que sale á la superficie es de unos 40° centígrados, y la pierde en gran parte al llegar á un pequeño estanque en donde se bañan algunos enfermos del hospital de Cottabato. Segun parece, estas aguas producen resultados muy satisfactorios en las enfermedades cutáneas.

Datos geológicos.

Bien se comprende que en un país tan extenso como el Archipiélago Filipino, cuyas islas, en su mayor parte, son únicamente conocidas en sus costas; conocimiento que, si bien importantísimo para el marino, es por sí solo de corta utilidad para el geólogo, puesto que los únicos planos hidrográficos que se poseen, muy poco ó nada indican sobre la naturaleza y situacion de los terrenos; en donde no se han emprendido aún vias de comunicacion importantes, que ponen siempre al descubierto con sus excavaciones y desmontes algunas rocas, siquiera sea superficialmente; en donde los trabajos mineros nada hasta ahora han enseñado, porque apenas se separaron de la superficie; en donde, por fin, el clima tropical oculta á los ojos del geólogo los terrenos con un espeso manto de vegetacion; bien se comprende, repetimos, que los estudios geológicos se hallen en lamentable atraso. Si á esto se añade que el Cuerpo de Ingenieros de minas, llamado á practicar estos estudios, ha estado

casi siempre representado en estas islas por un solo individuo, que ha tenido que dedicarse al despacho ordinario de los asuntos del ramo, sin contar por otra parte con los elementos indispensables de personal y material para llevar á cabo sus estudios, tan complicados como costosos, se encontrará justificado el que hoy no podamos presentar mas datos geológicos que algunas observaciones aisladas, que si bien no carecen de interés, como elementos de otras mas extensas y relacionadas, no sirven, sin embargo, para formar una idea ni aproximada siquiera de la composicion geológica de este suelo. Convencidos de lo incompleto de estos datos y del poquísimo fruto que de ellos puede sacarse, nos creemos, sin embargo, en el deber de presentarlos, aunque solo sea con la mira de que los ingenieros que nos sucedan cuenten al menos, no con una base, sinó con un punto de partida para sus trabajos.

Solo de algunas comarcas aisladas del Archipiélago, que por circunstancias especiales han sido visitadas con alguna frecuencia por ingenieros ú otras personas científicas, poseemos algunos datos geológicos, que no nos ofrecen, sin embargo, la garantía necesaria para decidir de una manera exacta sobre la constitucion y edad relativa de los terrenos que comprenden. Citaremos en el norte de la isla de Luzon el distrito de Lepanto, en donde se encuentran los abundantes criaderos de cobre de Mancayan, estudiados por los ingenieros que nos han precedido en la Inspeccion, D. Antonio Hernandez y el malogrado D. José María Santos. Hablaremos después de las grandes llanuras del centro de la isla, comprendidas entre el golfo de Lingayen y la bahía de Manila, que constituyen la mayor parte de las provincias de Pangasinan y Pampanga, en las cuales ha encontrado algunos fósiles interesantes el distinguido religioso naturalista P. Fr. Antonio Llanos. Expondremos, por fin, algunas observaciones relativas á las comarcas carboníferas del sur de Luzon y de las islas de Cebú y de Negros.

Lepanto.

En el distrito de Lepanto y en la parte comprendida entre la cordillera de Tilang y la ramificacion N. O. de los Caraballos, se han podido tomar algunos datos geológicos, gracias á las grandes denudaciones producidas por el caudaloso rio Abra y sus muchos afluentes. Obsérvase á primera vista que

las dos cordilleras principales que forman el valle del Abra son de origen distinto, siendo el de la oriental, ó sea la ramificación N. O. del Caraballo, ígneo ó pirogénico; y el de la occidental, acuoso ó sedimentario. Así es, que se encuentran en gran abundancia en los lechos de los ríos afluentes al Abra, que corresponden á la cordillera oriental, rocas volcánicas y plutónicas, tales como traquitas, dioritas y diversas especies de pórfidos, granito, sienito, etc.; siendo muy común encontrar en algunas de ellas cristales de hornablenda y pirita de hierro; al paso que en los afluentes occidentales se ven areniscas, calizas de varias especies y conglomerados de origen sedimentario. En el mismo río Abra se observa con frecuencia esta misma diferencia de rocas pirogénicas y sedimentarias, apareciendo las primeras en la margen derecha y las segundas en la opuesta.

Resulta pues, que la formación de este valle debe atribuirse á la denudación causada por el río, que buscó sin duda su cauce en el contacto de ambas formaciones, tomando como es natural su mayor desarrollo sobre las rocas acuosas, menos tenaces en general que las ígneas.

La escasez de fósiles en los terrenos sedimentarios de esta región y la imposibilidad de referirlos á otros ya conocidos, hacen muy aventurada, si no imposible, su clasificación estratigráfica. Solo la circunstancia de encontrarse en los puntos más elevados de estos terrenos grandes masas de caliza dura y compacta en la que abunda el género *numulites*, muy propio del terreno terciario inferior ó eoceno, hace sospechar que los terrenos sedimentarios en contacto con los ígneos, pertenecen por lo menos á aquella formación.

Los abundantes criaderos de cobre de Mancayan se hallan en el monte Aban, enclavados en una gran masa cuarzosa de 80 á 100 metros de espesor, cubierta en su mayor parte por pórfido arcilloso que la ha metamorfoseado. La textura de esta masa varía en los diferentes puntos, presentándose unas veces compacta, otras porosa ó cristalina. Hállase frecuentemente atravesada por vetas de feldspato descompuesto, y muy grietada en distintos sentidos; siendo sin embargo la dirección general de las grietas principales, rellenas con minerales de cobre, de O. N. O. á E. S. E. que es la de los filones reconocidos.

(Se continuará.)

ANTEAYER, AYER, HOY Y MAÑANA.

RELATOS DE TRES VIAJES AL REDEDOR DEL MUNDO, PASANDO POR MADRID Y MANILA, EN 1646, 1854, 1876, Y PRESUNCION DEL MISMO VIAJE EN 1920 SEGUN LOS PROGRÉSOS REALIZADOS Y OTROS QUE SE INTENTAN PARA LA LOCOMOCION TERRESTRE Y MARÍTIMA.

(Continuación del viaje del P. Navarrete.)

IV.

MÉJICO.

Entramos en Nueva España año de 1646 veintiocho religiosos, los veinticuatro costeados por su magestad, y los demás conducidos con limosnas y con acortar nosotros de nuestra ración. Entrados en la Vera Cruz, hallamos luego quien de limosna nos diese casa en el interin que de allí partíamos, que fué merced grande de Nuestro Señor.

Para caminar con alguna comodidad, nos repartimos en tres tropas: todo se nos hacía nuevo, la tierra, los árboles, los frutos, y pasamos mosquiteros (1) que son muy penosos, aguas horribles, truenos y fusiles (2) que nos aturdian, pero no la aspereza ni frios que otros ponderaron.

En la Puebla de los Angeles descansamos un poco: fuimos muy caritativamente tratados en el convento y colegio de nuestra Orden. Vimos la ciudad y la iglesia de Nuestro Padre San Agustín que es una de las mejores del mundo (3). Proseguimos á nuestro Hospicio de San Jacinto de Tacuba, extramuros de Méjico, y comenzamos luego á vivir conforme al estilo de nuestra Santa Provincia. Nuestra desgracia estuvo en que el año siguiente de 47, faltaron los navios de Manila, con que fué necesario detenernos hasta el año de 48. Gobernaba aquel imperio el Sr. Conde de Salvatierra, príncipe muy pio y afable que nos hizo particular favor (4). Para el sustento y vestuario del segundo año nos aprovechamos de un egemplar que

(1) Sitios que abundan en América, donde los mosquitos molestan demasiado á los transeúntes.

(2) Descargas eléctricas.

(3) Frase ponderativa es la que usa el P. Navarrete; pero es cosa sabida que, apenas pasado un siglo de la conquista, era Puebla de los Angeles una ciudad opulenta y monumental.

(4) En los siglos XVI y XVII salieron varios y excelentes vireyes de Méjico y Perú, de nuestra más antigua y alta nobleza, que los dió también renombrados para los reinos de Italia (Nápoles y Sicilia) mientras pertenecieron á los dominios españoles.

había habido; por él se determinó el Virey á socorrernos.

El asesor, para el despacho, aguardó le regalásemos. Entre los oficiales Reales había uno, llamado D. Pedro de Zárate, muy limpio de manos y por esta razón pobre (5). Quísonos mucho y solía decir: por acá tienen estos señores sus inteligencias, pero yo no las alcanzo, ni entiendo; allá se las hayan, que por dejar plata á los míos espero en Dios que no me he de ir al infierno.

En Noviembre de 47 partimos tres á Aca-pulco, á esperar los navios de Manila, y tratar de aparejar lo necesario para la navegación. La ida fué sin duda temprana y antes de tiempo; pero los deseos que teníamos de concluir nuestra jornada nos pintaba las cosas conforme á la voluntad mas que á la razón. Llegamos presto á Cuernavaca (6) habiendo de sus altos avistado aquel célebre valle de donde se denominaron marqueses los del Valle. Un paraíso parecía, y otro no menos hermoso Cuernavaca; en cada calle había dos cristalinos arroyos, y por ambos lados cada uno lleno de plátanos hermosísimos. Poco mas adelante, al pasar un arroyo, muda de repente el temple bueno y pasa á calor excesivo. Este camino si que es malo y trabajoso: montes hasta las nubes, ásperos cuanto se puede decir; rios caudalosos, y como entonces era recién entrado el verano, el agua que traían era mucha; no había puentes, mosquitos si y caribes: algunas noches se duerme á las estrellas. Entonces, y para asegurarnos de las culebras, apaleábamos muy bien la yerba por todas partes, y después pegábamos fuego alrededor bastante trecho; metíamonos en medio, donde sin temor alguno descansábamos lo que permitía el tiempo.

Llegamos á un sitio de dos arroyos, donde sesteamos; los mosquitos que en aquel parage hay son infinitos y crueles; púseme en una isleta para poder rezar las horas canónicas; armeme con guantes y un paño sobre el rostro: fué imposible perseverar allí dos credos. Tomé otros medios que ni á mi ni á los compañeros aprovecharon cosa alguna; con que fué necesario acelerar la partida. Al rio de las balsas nos armamos de nueva paciencia: ya se sabe que aquel rio, que es muy grande, se pasa sobre unas cañas, que solo extrivan atadas á cuatro calabazas. Al principio causa

grima el ver aquella armazon tan ridícula y endeble; cójela el indio por una parte, y puesto arriba el pasagero, con el aparejo de la mula, nadando, la lleva á la otra. Allí vi una cosa bien singular: cada indio trae un paño de manos largo sobre los hombros y con las puntas estan continuamente ahuyentando los mosquitos; no obtante vi y reparé que tenían abiertas las piernas, de las picaduras.

Otra cosa no menos rara supe tambien: un compañero mio bajó el rio abajo á buscar algunas gallinas; encontró con el cura de un pueblo que, por librarse de los mosquitos, estaba en una sala cerrada y tapada con paños por todas partes: no entran en lo oscuro, pero el calor era insufrible: tratando dél dijo el cura, que pocos años antes había sido tan grande, que se encendieron las cubiertas de las casas y que todo el lugar se había quemado.

Pasamos de noche la cañada de Apango: de dia no se pasa en verano porque se ahoga la gente de calor: tiene seis leguas de largo, y de ancho no pueden andar dos emparejados. Al amanecer avistó mi mula un leon, y con el espanto estuvo á pique de dar conmigo en tierra. Con las voces que dimos se fué el leon poco á poco, por la espesura adentro. Salido el sol llegamos al lugar, donde fuimos bien recibidos por el cura, que era de Castilla la Vieja, de apellido Santoyo. Traía tambien su paño al hombro para defenderse de los mosquitos, y no descansaba un momento de aventarlos. Tratando de la cañada que habíamos pasado, nos dijo cuan peligroso era pasarla en tiempo de aguas, así por las muchas que allí se juntaban, como por las culebras que en los árboles se criaban; de manera que, cuando iba á decir misa al pueblo antecedente, ó á confesar algun enfermo, llevaba dos indios delante con sus machetes para cortar las ramas: de otra manera no pasaba, porque entre las hojas se criaban unas culebrillas verdes, las cuales, al pasar uno, se descuelgan sobre el sombrero, y de allí se van al rostro, pican, y al punto cae el hombre muerto. Notable ponzoña deben tener!

En Tistla, por ser buen parage aquel, pasamos dos dias y medio sin perder el tiempo. Visitamos al cura, que á la sazón estaba en cama, apretado de unas lanzadas que un mulato atrevido y descarado le había dado, y como el cura era ya viejo, estaba muy desfallecido de fuerzas. El alcalde mayor D. José Castejon no se podía menear de

(5) Bien hizo el P. Navarrete en nombrarle, dejando ese poco de honra á los herederos del buen servidor *limpio de manos*.

(6) Funestamente célebre en nuestros tiempos por la derrota del infortunado Maximiliano.



la cama por haberse tronchado una pierna. Otros españoles había enfermos en el alma, porque habían reñido todos agriamente con él, aunque desde su cama les pedía el perdón de cualquiera ofensa que les hubiese hecho.

Por aquellos caminos encontramos gran número de faisanes, árboles algunos muy particulares, especialmente uno á que el español llama árbol órgano. Verdaderamente le conviene el nombre porque en su figura parece un órgano perfecto. No los he visto en otra parte. En un lugarcillo nos habló el indio gobernador que tenía un hijo llamado don Francisco de Aragon, Portugal, Mendoza, Guzman, Manrique y Campuzano. Celebramos mucho tanta nobleza y la vanidad del indio. Quiso Dios llegásemos con salud á Acapulco que, en la lengua de la tierra, quiere decir *Boca de infierno*.

Quiero añadir aquí una cosa memorable que por descuido omití en el capítulo precedente. En Méjico se estaba fabricando el convento de los Religiosos de San Juan de Dios. La iglesia estaba ya perfecta y de lindísima traza; continuábase la obra y todavía se ignoraba quien hacía el gasto. Hicieron algunas diligencias sin que tuviesen efecto para descubrirle: el Prior solo tenía conocimiento de la persona, y con pacto expreso que si la manifestaba al punto cesaría la obra. Siempre me pareció bien esta acción: ningún premio buscaba en este mundo quien con tanto cuidado ocultaba la limosna: todo lo guardaba para la otra vida, donde recibiría grandes logros. Pregunté después si se había manifestado este bienhechor; hanme respondido que, después de su muerte, se supo, y que era un hombre honrado y no de mucha estofa en aquel mundo. Por aquel mismo tiempo labró Lorenzana el ilustre convento de la Encarnacion. Otros se han labrado después acá, segun las noticias que tengo. Es Méjico una de las mas insignes ciudades del mundo. (7.)

(7) Celébrase ahora el centenario de la constitucion de la gran nacion Norte-americana, cuyos progresos materiales en un siglo son la admiracion del Mundo. En efecto, su poblacion numerosa, su riqueza y ciudades como Nueva-York, Filadelfia, Boston, Chicago y otras, así como las portentosas obras públicas de aquel país revelan una asombrosa vitalidad. Pero hay que tener presente que es toda la Europa la que envía á millones el excedente de su poblacion. Los españoles realizaron con menos elementos, en los siglos XVI y XVII algo semejante ó acaso de mas gigantes proporciones. Nuestra nacion, que no tenía entonces mas que siete millones de habitantes y en guerra con toda la Europa en la mayor parte de aquella época, fundó ciudades como Méjico, Puebla de los Angeles, Buenos Aires, Lima, Santiago de Chile y otras que pasaban en el siglo último por las mas hermosas y prósperas del mundo y centro de vastas comarcas en

V.

ACAPULCO.

Desde el año antecedente teníamos casa alquilada en Acapulco. Lo ordinario se alquila por ocho ó diez dias que están allí los religiosos, y por mas tiempo para dos que preparan allí lo necesario. Las casas todas son bajas, sin alto alguno, de tapias las mejores y todas cubiertas de paja. No obstante, por la nuestra nos llevaron 400 reales de á ocho. La casera era una buena señora viuda anciana, por nombre María de Esquivel: tenía un hijo sacerdote, de ejemplarísima virtud. El cura se llamaba N. Añejo, de junto á Osorno, pasaba de setenta y estaba algo pobre, aunque decían por allí que tenía mas de veinte mil guardados. Un dia me confesó que había habido año en que le valió el curato catorce mil de á ocho. Castellano era D. Juan de Bracamonte Santistevan natural de Avila de los Caballeros, amable, manso, cortés y en todo muy hidalgo. No tenía el oficio en propiedad. El puerto es el mejor y mas seguro del mundo: de cuantos yo he visto, que no han sido pocos, ninguno se le puede igualar. La fuerza es excelente: tiene un apostolado de insignes piezas que echarán á fondo á cualquier navío que intente entrar en el puerto. El temple es infernal, conforme al nombre que tiene, y así es que, en tiempo de aguas, que es el verano de España, excepto los negros y algunos pobres y los soldados, todos se meten tierra adentro, á mudar de aires.

En el tiempo que allí estuve enfermaron mis dos compañeros, y yo quedé con fuerzas para asistirlos y hacer lo demás. Es una tierra aquella que, si quiere tener uno algun criado, fuera de la comida, le costará cada dia por lo menos uno de á ocho, y si hay navío en el puerto, ni tres bastarán. No he visto tierra mas cara en cuanto he andado: era preciso hacerlo yo todo, porque la plata no daba lugar para servidores, y así, cuidaba del afrecho para las gallinas, de componerle, darlas maiz, agua y todo lo demás. Para beber, se traía el agua á un tiro de mosquete, de una fuentecilla que llaman el chorrillo: no había botija que no me costase un real de á dos.

Dos desgracias nos sucedieron allí, una la muerte del castellano que era amigo en verdad; confesele y asistile cuanto pude;

que imperaba el órden. La anarquía posterior paralizó todos estos progresos debidos á nuestra raza exclusivamente.

acabó en mis brazos. Hízonos mucha falta. Tratóse del entierro y pidieron por él 500 pesos; quedé pasmado, y mas, habiendo solo un sacerdote en la iglesia: al fin se concertó en 150. Al romper del nombre se disparó la artillería, y fué cosa rarísima que se oyó catorce leguas tierra adentro, como lo atestiguó un amigo íntimo del difunto, que habiendo dormido á catorce leguas de Acapulco, oyó los cañonazos.

La segunda y mayor desgracia fué un día el haberse pegado fuego en la iglesia de San Nicolás, que estaba al principio de la ciudad muy distante de nuestra casa: comenzó á cosa de la una y á las cuatro de la tarde casi todo era ceniza. El viento era favorable al fuego, y las casas cubiertas de paja seca ya se ve que arderían bien. Lo singular era que llevaba el viento una chispa doscientos pasos, caía en una casa, y luego levantaba esta llama hasta las nubes. (8) Las campanas del convento de S. Francisco cayeron á tierra, y con el golpe y hoyo que hicieron se descubrieron ocho piezas de artillería que habían allí escondido de D. Sebastian de Corcuera, gobernador que había sido de Filipinas, y á la sazón le tenía preso en Manila D. Diego Fajardo sucesor suyo en el gobierno. La botica real fué cosa lastimosa: las redomas y otras basijas todas eran loza fina de China, y aunque la cubierta de la casa era de asamanil (9) no estorbó el que todo se arruinase. En el corral de nuestra casa había un camarín con treinta y seis cajones largos y muy pesados, de D. Sebastian Hurtado de Corcuera. Los seis mas pequeños se salvaron á fuerza de diligencias. Los treinta se abrasaron: tres dias se conservó allí el fuego. Todo lo que era bronce quedó, si bien deslustrado; mil curiosidades se veían allí arder: loza mucha y muy fina que para mayor seguridad la tenían llena de clavo especia, pimienta y tinta de China: millares de ducados perdió allí el Sr. Corcuera. Labró tanto aquel fuego, que penetró á lo retirado de nuestras gallinas y abrasó cerca de 300, con lo cual

(8) Estarian aseguradas sobre quilos de bambú las cubiertas como en este país. El fuego dilata el aire contenido en las cavidades de la caña, que revientan echando muy lejos las pabesas y trozos encendidos. En 1864 ó 65, hubo un gran incendio en Malabon cerca de la iglesia, y las pabesas saltaron en direccion oblicua á Navotas, llevando el fuego á 300 metros de distancia.

(9) *Tejamanil*, habrá querido decir. Así se llamaba en Méjico la cubierta, que se componía de tiras delgadas de madera comun, colocadas como las tejas, esto es, de modo que parte de la superior solapase una parte de la que está mas abajo.

nos quitó el regalo de nuestra navegacion. Quedó todo aquel puerto tan acabado y todos tan tristes, que nadie hablaba palabra.

El mayor desconsuelo que en este tiempo teníamos todos era que no llegaba navío alguno de Manila. Atravesó, mediado Marzo, por el puerto hácia el Norte un navío, y todo el mundo se alborotó: aguardamos á que volviese á bajar. Volvió, salió el bajel y trájole al puerto. Su viaje era de Panamá: iba por el Virey que estaba promovido al Perú. Hubo sus dificultades sobre si pasaría el Virey al Perú en aquel patache, ó si con él socorrería á Filipinas, de donde habían faltado navíos dos años continuados. El Perú tampoco estaba sosegado. Hízose junta y se determinó que convenía mas socorrer á las Islas. Lo cierto es que no gustaban en Méjico tomase el mando el Obispo de Campeche, el cual ya había tiempo que estaba en la capital para este objeto. Ejecutóse lo resuelto por la junta; tomóse el patache por cuenta de S. M. en 36000 reales de á ocho. En la India oriental se pueden labrar cuatro navios con ese dinero.

Con esto aseguramos nuestro viaje. Comencé con nuevos bríos á componer el matalotage, y á hacer agua, que es lo principal: hubo sobrada y sin medida. Solo el embarcarla me costó 36 pesos. Los negros hacen monopolio y ha de ser lo que ellos quieren. El patache era pequeño: la gente, mercaderías, géneros que envía el Rey, comida, agua, vino etc. tanto, que parecía imposible caber en él; de hecho se sacaron muchos fardos por falta de lugar. El general era amigo y acomodados lo mejor que pudo. Treinta sacerdotes nos embarcamos domingo da Ramos de 1648. Un oficial Real se me quedó con doce gallinas que le había prestado; ningun título tuvo para aquello porque nada hizo por nosotros, ni tuvimos del ni de sus compañeros ninguna dependencia. Al embarcarnos llegó una carta del Sr. Obispo Palafox en que decía como de España había tenido noticia de que las Islas estaban en poder del Olandés. Hízose pública la nueva (no dudo tuvo gran fundamento como se dirá adelante) (10) y aunque era muy bastante para desanimar á cualquiera, nin-

(10) Los holandeses dirigieron numerosos y fuertes ataques á estas Islas durante todo el siglo XVII, y en alguna ocasion, se presentaron con formidable escuadra en esta bahía, y bombardearon á Cavite, no atreviéndose á acercarse á Manila; pero siempre sufrieron graves reverses. Ante nuestras fuerzas y nuestros buques, mas débiles, demostraron entonces valer muy poco como marinos y como soldados.

guno flaqueó, antes bien, todos dijimos nos queríamos cerciorar por nuestros ojos de lo que había. Fué género de temeridad, á lo humano, pero obraba allí nuestro Señor. El deseo de ir era grande: con que nada reparamos.

VI.

EN EL PACÍFICO.

El domingo de Ramos comimos en el patache lo que nuestra casera nos envió, que como había recibido 400 pesos por dos casitas que nos dió después de la quema referida, mostrose agradecida en esta ocasion. Salimos del puerto muy alegres, y con ser la tierra que dejábamos por popa bien alta, la perdimos de vista aquella tarde. Ocho dias pasamos esperando viento. El calor que hacía con aquella calma era mas que ordinario. El dia de Resurreccion se dijo una misa: no tenía el patache comodidad ni capacidad para celebrar tan alto misterio, con que aquella fué la primera y la última. (11) Entramos el viento aquel dia y nos duró, sin amainar un instante, veinticuatro dias. Los mares que herían por el costado al patachuelo eran grandes y gruesas: nos causaban mucha inquietud. El general, que era muy práctico en aquel viaje, decía que eran unas corrientes que venían de las Californias (12) Y aunque tratando después de este punto por persona que se tiene por muy perita en el arte náutica, niega poder ser así, no obstante, yo sigo lo que oí y me confirmé en ello, por la mala salida que dió el dicho á lo que en contra de su parecer se le opuso. Lo que se vaciaba en el patache de botijas y tinajas, luego se echaba al mar, cajones de bizcocho y gallineros se quemaban en el fogon para irnos desahogando un poco. De pié aun casi no cabiamos. Debajo de cubierta nadie pudo vivir, por ir todo ocupado del sustento y géneros

(11) Los pataches eran, y son aun en la marina mercante, buques de dos palos, uno de ellos de goleta, y de 100 á 200 toneladas. Es admirable en que clase de embarcaciones se hacian entonces las mayores travesías marítimas.

(12) Esto es muy curioso. En los planisferios modernos donde se señalan las corrientes de mares y vientos, segun los trabajos del famoso capitan Mauri y otros sabios comógrafos de nuestro tiempo, aparece una ancha zona de corriente marítima y de vientos, como de preñida de las costas de California en direccion del Sur para tomar la del Oeste entre Trópicos y se la designa con el nombre de *gran corriente tempestuosa del golfo ecuatorial*. El marino que mandaba el patache español en que venía el P. Navarrete en 1648 sabía sobre el Pacífico lo que se sabe en el siglo XIX.

que se llevaban. Todos íbamos al aire, sol y luna. Nosotros teníamos el alcázar que era no pequeño alivio: la cámara era muy pequeña, pero tambien aliviaba mucho. Otros ocho dias tuvimos de calma muerta. Los marineros y soldados se echaban al mar para refrescarse y sucedía á veces volverce apresurados al patache huyendo de los tiburones que se descubrian.

Un caso muy extraordinario y al parecer milagroso nos sucedió: bajaron un dia por agua para dar racion á todos; cuando subieron arriba, muchos y yo entre ellos, notamos que volvian blancos como un papel; atribuimoslo al demasiado calor que hay debajo de la escotilla. Ellos disimularon sin dar á entender cosa alguna de novedad. Había bajado entre otros el capitan de infantería Fulano Belastain: desembarcados, supimos que, al ir a mirar con la vela el agua que tenía una pipa, dieron con una de pólvora donde se apagó la vela sin pegar fuego. Ya que nosotros no velamos, velan los ángeles de nuestra guarda y solícitos nos acuden en las necesidades. Cierto que cuando lo referian ya libres del mar, se nos estremecian las carnes.

Otro suceso hubo tambien particular, pero no de peligro alguno. El piloto era portugués, Fulano Antunez, perito sin duda en su oficio. Hacía sus cuentas cada dia, y apuntaba las leguas de cada singladura segun su fantasía, navegando de Leste á Oeste: no hay otro medio para ajustarlas (13). Es punto que ha desvelado á muchos, y no falta quien hoy se desvele para hallarle fijo en este rumbo de navegacion, pero pienso que en vano. Algunos, que dormian mas que el piloto, alargábanse en las leguas, con que dieron en decir que habíamos pasado las islas de los Ladrones (hoy se llaman Marianas); hubo porfias y apuestas; el piloto se enfadó y juró que hasta el domingo siguiente por la mañana no se habían de ver. Todos lo tuvieron por arrogancia portuguesa. Llegóse el domingo, que era el de la Santísima Trinidad, y al salir el sol envió gente al tope y dijo: hoy, antes de las ocho hemos de ver las islas de los Ladrones. Fué cosa rara: á media hora que pasó, comenzó á dar voces el de arriba ¡tierra! ¡tierra por la popa! Pasmados quedaron todos. Una embarcacion pequeña nos aproó; esperámosla para tomar el refresco que traería á trueque de hierro viejo, que

(13) No se usó la *corredera* hasta el siglo XVIII.

es lo que buscan aquellos isleños. A las Aves Marias se nos desapareció por la popa. Como fué aquello y quien venía en ella se escribirá en otra ocasion. A tres dias después sobrevinieron unas grandes calmas, á que se siguió una valiente tormenta. Calaron masteleros y el general quería se cortasen los árboles. Contradíjolo el contra-maestre, que era gran hombre de mar. Con la fuerza del viento mudamos el rumbo que llevábamos. Iba la proa al embocadero de San Bernardino y tomamos la derrota para la Nueva Segovia. Vista la tierra de las Islas, la íbamos costeando; veíamos á la parte de tierra islotes, farellones y arrecifes. El piloto dió su orden al timonel y echóse á dormir un poco. Íbanse descubriendo nuevas islas por la proa, y el general mandaba guiñar el timonel para tierra. De repente subió arriba el escribano del navío y dijo: bajo por la proa. Cambiaron el timon y montámosle milagrosamente. Despertóse el piloto al ruido, enojóse mucho: sobrábale razon pues no se había guardado el orden que él había dado. Apartóse de la tierra, y de aquel modo llegamos seguros la vigilia de San Juan á Casiguran de Baler. Dia siguiente fué gente á tierra. Llegaron á tomar habla, y como el Olandés andaba por allí con cuatro navíos, que sin la tormenta de seguro nos hubieran cojido. Entendieron los naturales que los nuestros eran enemigos, pero asegurado que no, diéronles paso franco. Allí se informaron brevemente del estado de las Islas y de las insignes victorias que las armas de S. M. habían conseguido sobre el olandés y de como andaba aun el enemigo por aquellos mares. Trajeron consigo al patache dos indios ladinos, los cuales sabian muy bien el camino para Lampon. Con estas nuevas y guía navegábamos aquella noche y dia siguiente á tiro de mosquete de la playa que era amenísima. Dimos fondo aquella tarde en el puerto. A media noche sopló furioso el vendabal, y con venir de la tierra, arrastraba las anclas y nos arrojaba al mar. Parece envió aquel viento la providencia particular de Dios, para impedir la entrada al enemigo y no se apoderase de todo. El dia siguiente se aceguró la plata y géneros de S. M. y se trató de meter el patache á espaldas de una isleta para que el enemigo no pudiera descubrirle, aunque entrase en el mismo puerto:

VII.

EN FILIPINAS.

Partimos nosotros á Manila: en el camino tuvimos noticia de la singular alegría que causó nuestra llegada inesperada ni imaginada. En parte se aguló algo aquel gran gozo, porque descubrió el enemigo muy casualmente el patache; acudió con gente y armas; los nuestros poco prevenidos, mal avenidos y poco soldado el cabo, antes de tiempo le pusieron fuego, con que en media hora perdió S. M. 36000 pesos y algo de reputacion los que estaban dentro.

Caminamos nosotros cuatro dias á pié, no por camino, que no le hay (14) sinó por peñascos, riscos y pasos inaccesibles. Algunos rios atravesamos á nado; otros con el agua hasta los pechos. En los montes, que son muy altos, y e-pesísimos de árboles, hallamos tantas sanguijuelas, que no se halló remedio ni medio para librarnos dellas; no había quien no fuese derramando sangre de su cuerpo; afirmo con toda verdad que vi una que estaba barrenando un zapato, admirándonos todos de tal voracidad. El agua que caía del cielo era en gran abundancia. Llegada la noche, hacíamos alto donde nos cojía. Con hojas de palma cubrian los indios unas chozas, y allí dormíamos sobre el suelo nadando en agua. El último dia bajamos una cuesta de dos leguas. Era muy áspera en parte; llovía continuamente, con lo cual á cada paso rodábamos, y certifico que vi compañeros que sentados se dejaban resbalar no pequeño trecho, y con todo esto, íbamos tan contentos y alegres que no se puede ponderar.

Llegamos á Apanguiel donde hay un convento muy lindo de N. P. San Francisco (15) tan mojados, sucios, cansados y hambrientos que fué necesario todo el agasajo que allí nos hicieron para quedar hombres visibles á ojos humanos. El regalo fué conforme á la caridad de aquellos siervos de Dios. El dia siguiente llegaron dos Padres de Manila, con que tuvimos otro consuelo mas. A cuatro nos llevó á su convento otro P. Guardian Fr. Lucas de N., que tenía una iglesia muy hermosa, la casa bastante, y el sitio el mas ameno que se puede imaginar. Está en alto: de un balcon se descubría toda la laguna de Bay, (16) que tiene treinta leguas en cir-

(14) Como ahora. No hay un camino de la Laguna ó Tayabas á los puertos de la contracosta.

(15) Hoy no existe ese pueblo ó habrá cambiada de nombre. Tal vez sea Luisiana.

(16) ¿Sería Majayjay?

cuito con algunas islas en el medio, tierra y montes por todas partes, arboledas, palmares, rios y cascadas que causaban notable recreacion á la vista. Visitamos después otros conventos: todo nos causaba novedad y admiracion. Partimos en dos embarcaciones para Manila, y en las cuales había chinos, mestizos é indios. Dijimos misa, y embarcados, navegamos rio abajo con notable fiesta de cohetes, vacinetas y arcabucería. (17) Las vacinetas de los chinos nos embobaron mucho, porque no siendo mayores que una vacía, tenían el sonido como de una campana grande: es notable instrumento. El rio Pasig es de los hermosos del mundo. El de Goa es mas ancho y profundo; pero este es mas adornado de palacios, huertas, pueblos é iglesias. Entramos en algunos palacios que admirarian á cualquiera europeo. Llegamos al puente de Manila: es obra famosa: vímosla llena de gente de diferentes naciones. (18) Entramos al fin con repique de campanas en nuestro convento.

(Continuará.)

TIPOS Y COSTUMBRES

LOS CAIBAANES Y LOS DICAIRALIN.

(Continuacion.)

Mis nuevos caballos salieron de Camilin respingando, y respingando pasaron el puente y torcieron á la izquierda: la guardia de cuadrilleros apostada en el camino de Bayamban, se abrió, á pesar de su consigna, para hacernos paso, y las gentes que nos veían tomar aquella direccion nos contemplaban como se contempla á un loco que corre al borde de un precipicio.

La furia de mis caballos no duró sin embargo mucho, y á los dos ó tres kilómetros habían tomado ya un pasito cochinerero de que no se les podía sacar, y que contrastaba terriblemente con los brios de que íbamos animados mi cochero y yo, sintiéndonos protegidos por la tropa que sabíamos haber salido en aquella direccion.

El camino estaba sin embargo completamente desierto, no habíamos encontrado un alma después de mas de una hora de viaje, y el ruido de mi cairuage hacía eco.

(17) Desde principios del siglo XVII es cosa vulgar entre los indios la fabricacion de pólvora.

(18) El viejo puente de piedra sobre el Pasig fué construido á principios del siglo último: es de suponer, por lo tanto, que fuese puente de madera el tan ponderado por el P. Navarrete.

Así íbamos poco á poco avanzando sobre un terreno accidentado por fuertes ondulaciones, bosque á la izquierda, y bosque á la derecha, cuando de repente, sobre el primero de dichos lados se oye ruido de ramas que se separan, y en el mismo punto nos sale al camino de manos á boca un hombre cuya figura ha quedado fuertemente impresa en mi memoria. Era mas bien alto que bajo, delgado y suelto de miembros, fisonomía de tipo indio, pero agradable, en la cual se pintaba cansancio y una angustia infinita. Llevaba en vez de sombrero un pañuelo de color mal revuelto alrededor de la cabeza, camisa y calzon llenos de desgarrones recientes y ceñidas ambas prendas con un *biquis* á la cintura; en la mano una escopeta, y pendiente del hombro, con una correita, un ancho saco inglés de caza que sabe Dios de donde lo había adquirido.

Al vernos mutuamente hicimos todos alto. La primera impresion del tulisan fué preparar su arma, la de mi cochero esconderse detrás de mí, y la mia esconderme detrás de él; pero los respectivos movimientos producidos por esas primeras impresiones fueron tan rápidos, que estoy tentado á creer que lo que verdaderamente sucedió, fué que el tulisan de dos saltos atravesó el camino, y se volvió un instante poniéndose un dedo en la boca para pedirnos humildemente que no lo denunciáramos, desapareciendo después como una vision.

Mi cochero y yo quedamos atónitos por un rato; las riendas se le habían escapado á él de las manos, y yo, que fuí el primero en recobrar mi sentido, las recogí é instigué con ellas mismas á los caballos para que volviesen á tomar su pasito consabido, después de lo cual se las pasé al pobre auriga diciéndole:—vaya hombre, ámate y no tengas cuidado, que ya sabía yo que aquel desgraciado no podía hacernos fuego. ¿No ves tu que un tiro que disparara hubiera atraído inmediatamente sobre él á los soldados que lo buscan?—El cochero no me contestó palabra, pero me echó de soslayo una mirada furibunda: esa mirada quería decir:—Pues si usted sabía eso, porque se agazapaba detrás de mí?—Vaya, continué yo, ten confianza, que para otra vez que suceda, ya sabes que llevo en mi maleta un revolver.—Tampoco me contestó esta vez, pero su silencio significaba.—Si, si, ya lo sé: no se incomode usted mas en sacarlo.

La ocasion por lo visto no era la mas á propósito para seguir un diálogo con él y

por consiguiente no volví á abrir mi boca hasta cerca de Bayamban. En esta altura me ocurrió encargarle que no contase nada de lo sucedido.—¡Cómo, señor...—Yo le corté el revesino para impedir que me contradijese abiertamente.—Te digo que calles: pues qué ¿no vistes que aquel pobre diablo nos encargaba el secreto?

—Así reviente, señor,—me contestó con un aire de cólera que ponía de manifiesto todos sus malos instintos. Estaba claro: mi proteccion no podía servir de nada al pobre Félix.

Decidí pues, que se pusiese la proa al tribunal.

En Bayamban me aguardaba una satisfaccion muy grande é inesperada: allí encontré á mi amigo mas querido, el capitán Rauls, casi mi hermano, que volvía con su compañía de una expedicion á los igorotes. El, al verme llegar, descendió rápidamente la escalera del tribunal para venir á abrazarme, y media hora después almorzábamos juntos y nos contábamos nuestras respectivas aventuras con un buen humor y una alegría de corazon inexplicable. Zoroastro ha dicho, hace dos ó tres mil años, que los dos momentos mas solemnes de la vida, son aquellos en que nos separamos de las personas amadas, y aquel en que las volvemos á ver.

Cuando le referí las peripecias de mi viaje, inclusa mi aventura de los caibaanes, me contestó:—Bah! eso no vale gran cosa: yo traigo en mi compañía un antiguo soldado pangasinan, que una de estas noches pasadas entretenía á sus compañeros contándoles lances de los *Dicairalin*, una especie de duendes que recorren en enjambres los despoblados de la provincia las noches de luna. El decía haberlos visto una vez, y si se ha de juzgar del efecto que sus palabras producían, por el recojimiento é interés con que se le oía, puede asegurarse que inspiraba en sus oyentes un terror supersticioso que ninguno de ellos hubiera podido negar.

Era mozo todavía en la época de la historia y acompañaba á su padre, hombre muy fuerte y muy valiente, á un sitio llamado el *Ladioan*, en términos, decía, del pueblo de Mangatarem, que creo es el lugar de su nacimiento. Son tierras que se inundan en tiempo de lluvias y en las cuales crecen durante la estacion de secas magníficas yerbas que pastan numerosos ganados.

Su padre y él iban allí, no sé si para buscar ó para robar un caballo. Sobre este

punto la relacion de mi veterano no estaba muy clara, ni interesaba mucho á su auditorio; pero á mí si, porque pienso que no debe haber cosa que disponga mejor el ánimo para ver fantasmas en la soledad, como una mala conciencia.

Era, como se ha dicho, de noche: una noche clara como el dia, y ambos, el padre y el hijo, atravesaban un campo en que cantaba uno de esos grandes grillos solitarios que solo se crian en los terrenos muy húmedos. De pronto se empezó á oír á lo léjos un ruido sordo, apenas perceptible, pero que avanzaba y crecía como el de una nube de langostas que pasa de un punto á otro. El grillo cesó repentinamente de cantar.

El mozo instintivamente sobrecojido de temor, preguntó á su padre—¿Qué es?—pero el padre le tapó la boca en el acto diciéndole al oído:—por María Santísima, hijo mio, no hables ni chistes siquiera, que son los *Dicairalin*, y si nos sienten somos almas del otro mundo: ¡á tierra!! á tierra!!—y ambos se tendieron en el suelo, quedando por suerte cubiertos hácia su frente por algunos arbutos que separaban el cespéd de la praderas pero sin creerse de ningun modo seguros y temblando de miedo.

Muy pronto se dejó ver á distancia sobre la superficie de la tierra una sombra que por momentos crecía en extension y en intensidad hasta hacerse casi negra. Entonces pudo distinguirse en esta sombra una especie de hervidero ó ebullicion, que un instante después se conoció era producido por el movimiento de marcha acelerada de millares de séres semejantes á hombrés muy pequeñitos, formados en columna de batallon y avanzando rápidamente hácia los desdichados, que casi perdían la esperanza de salvacion.

Ya estaban tan próximos los unos á los otros que apenas los separaban treinta pasos y podía precibirse y medirse como un hipo incesante el compás de la marcha de los *Dicairalin* cuando, de repente, se oyó la voz del jefe, una voz terriblemente enérgica, mas bien, un chirrido metálico y estridente, articulando palabras ininteligibles que nunca llegaron á oídos de hombre, y que helaban la sangre en el corazon.

Al imperio de esa voz, un tambor de órden tocó marcha con un compás rapidísimo, que hacía mas incisivo el acompañamiento de una campanita.

Nuestros dos infelices protagonistas creyeron llegado el momento supremo, se cubrie-

ron de un sudor frío y el vértigo los ganó.

Por fortuna, el viento no iba en la enfiliación de los *Dicairalin*, ni la tremenda falange seguía exactamente la línea en que estaban ellos, ó cambió de dirección á la voz del jefe; pero pasó tan cerca, que el flanco izquierdo de la columna rozó muchas veces los arbustos que los protegían.

Mi veterano no pudo estimar el tiempo que tardó en pasar todo el batallón: instantes de agonía equivalentes á siglos.

Después, el ruido fué disminuyendo lenta y progresivamente, hasta que todo volvió al silencio natural de la noche, y el grillo cantó otra vez.

Ellos quisieron huir entonces, pero no pudieron, porque sus piernas flaqueaban y apenas los sostenían: les fué preciso esperar algún tiempo todavía con una angustia indecible. Al fin, haciendo esfuerzos inauditos y apoyándose el uno sobre el otro, se alejaron de aquel funesto sitio.

Tomaron desde luego una dirección opuesta á la que llevaban los *Dicairalin*, aunque les ocasionaba un gran rodeo para dirigirse á su casa, pero el temor no los dejaba elegir otra senda. En su camino fueron encontrando por mucho rato señales del tránsito de aquellos seres terribles, no por huellas que hubiesen dejado sobre la tierra, sino por los cadáveres de las reses que habían hallado á su paso.

Cuando los dos fugitivos, pálidos y desfigurados, llegaron á su vivienda, era ya casi de día: su propio perro los desconoció y les ladró: las gentes que más tarde llegaban á verles, se asustaban.

Ya ves, continuó el capitán Rauls, que en presencia de esto, es decir, de las alucinaciones ó mentiras de mi veterano, tu cuento de los caibaanes es pura prosa. Y no creas que los *Dicairalin* sean los únicos duendes que yo he descubierto en la campaña que acabamos de hacer. Voy á darte á leer dos páginas de mi diario escritas para tí precisamente: (yo se que las leerás con gusto) allí encontrarás otro duende de una especie muy distinta.

Sacó en efecto de su maleta un cuadernillo de papel escrito, y me lo dió; marcándome antes el punto en que debía leer. Después de esto se acostó á dormir: había hecho cinco leguas á pié como el último de sus soldados.

Hoy mi pobre amigo no existe. ¡Ay! el tiempo va formando el vacío en mi alma.

No necesito pues su consentimiento para publicar aquellas dos páginas.

El Taliguenguem.

(1.ª página del diario del capitán Rauls.)

Muy pocas de las personas que lleguen á leer este medio cuento, ó media historia, estarán probablemente en estado de comprender el asunto de que se van á ocupar por el solo título que lleva del *Taliguenguem*.—Y qué es el *Taliguenguem*? preguntarán.—Yo se lo voy á decir para que no sospechen que se va á tratar de ningún basilisco.

Esta digresión, además, no carecerá de interés para muchas de esas personas, hoy que una cierta dosis de botánica y un cierto gusto por las cosas de esa ciencia empiezan á entrar como elementos de la educación popular.

El *Taliguenguem* es una plantita de la familia de los helechos que no se levanta del suelo más de dos pulgadas y que se produce en las márgenes ó en el lecho mismo de los arroyos que se forman en los montes en tiempo de lluvias á cierta altura sobre el nivel del mar.

Mientras los arroyos llevan agua, la planta se mantiene abierta con sus ramitos preciosamente picados y dentellados extendidos á la luz ostentando una verdura y una lozanía magníficas.

Luego que los arroyos se secan, esa planta, (casi puede decirse, esa flor, que es lo que verdaderamente parece) pierde su color y su belleza, los ramitos antes flexibles, se ponen rígidos y van contrayéndose poco á poco á la manera que contraemos nosotros nuestros dedos al cerrar el puño, concluyendo por hacerse toda ella un nudo de color gris.

Los *Taliguenguenes* en ese estado ya no parecen plantas ni flores: más bien parecen hongos: cabecitas canas de unas viejecuelas que han metido todo su cuerpo en el suelo del arroyo para buscar en él un resto de humedad y de frescura.

A la vuelta de las primeras lluvias, los *Taliguenguenes* reverdecen inmediatamente y tornan á abrirse sus ramitos con una alegría y una vivacidad inusitadas, como si no hubiera pasado por ellas el fuego del cielo durante seis meses seguidos; y esta vida intermitente del arbusto es tan tenaz, que yo creo sería lo mismo si en vez de seis meses hubieran sido seiscientos. Al menos, yo tengo un *Taliguenguen* que des-

pués de seis años guardado sin precaucion ninguna, ha recobrado hoy toda su esplendidez, sin mas que ponerlo en un vaso de agua dos ó tres horas.

Los igorrotos y los negritos creen que los *Taliguenguenes* guardados no mueren nunca, que son cosas misteriosas, y que en cada uno de ellos reside un anito, ó una virtud que ponen los anitos para inspirar á las gentes la buena voluntad y el amor. Un verdadero talisman; tal vez el talisman de que usaba cierto sastre jorobado de quien se cuenta haber conseguido, no obstante la joroba, que todas las mozas del pueblo anduvieran á pescozones por él.

En la historia de las misiones de los Padres Agustinos, refiere el padre Mozo, que cuando sus feligreses lo creían enojado por algun motivo, y él los hacía llamar para reprenderlos, solían venir provistos de unas *plantitas que por lo regular se ponian en la boca, contando con la virtud de la yerba para aplacarlo*. Eran *Taliguenguenes*: supersticion, pero supersticion inofensiva; y supongo que el padre Mozo no pudo hacer todo lo que se necesitaba para destruirla, puesto que dura todavía.

Ahora pués, mis queridos lectores y lectoras, ya que saben ustedes lo que és el *Taliguenguenem*, ojo avizor, que les voy á contar el cuento.

Pués señor, en cierta parte del mundo y á una respetable distancia de la gran Ciudad de Manila, había un pueblo de los mas antiguos que registra la historia del país, y en este pueblo había una casa de piedra, y en esta casa de piedra (que era una de las pocas) vivía un capitán pasado, labrador con muchas sementeras y muchos carabaos y muchas vacas; lo cual quiere decir en todos los dialectos de origen malayo, que era muy rico.

Este tal capitán pasado respondía al nombre de Don Rufo Bienteveo, ó simplemente al de *capitán Rupo*, que era como lo llamaban las gentes del pueblo.

No sabemos si el apellido de Bienteveo era gentilico, ó uno de esos sobrenombres de capricho que se les han dado á los indios en tiempos no muy lejanos para hacer desaparecer sus antiguos piadosos apelativos de santos, á riesgo de confundir y embrollar todas las genealogías; cosa que á ellos, y dígase de paso, los ha tenido siempre sin el menor cuidado.

Era dicho D. Rufo, hombre de unos cincuenta y cinco ó sesenta años bien apro-

vechados, algo marrullero y no poco sarcástico, pero con un excelente fondo, y un juicio práctico tan claro, que nadie podía alabarse en diez leguas á la redonda de haberle dado jamás gato por liebre.

De su difunta Colasa le había quedado un hijo á quien desde muy niño había enviado á Manila á estudiar, con el propósito de dedicarlo á la abogacía: profesion por la cual D. Rufo manifestaba una predileccion y un respeto particular, á causa de lo que le habían hecho sudar los abogados en algunos litigios que había tenido que sostener, antes de ser capitán, con sus honrados vecinos y colindantes.

El futuro letrado, después de nueve años de estarse por allá, no había podido obtener su primer grado académico, ni lo hubiera obtenido jamás, porque parece que no le soplabá la musa por aquel camino, y Don Rufo que se apercibió de ello un dia, resolvió inmediatamente traerlo á su inmediacion, y ya que no había podido darle la borla de doctor, darle al menos el oficio de casado por ante la Santa Madre Iglesia, como se lo habían dado su padre á él y á sus padres sus abuelos.

Llamó pues á su hermana Doña Rufa y la dijo estas ó semejantes palabras:—Mira Rufina, yo sé muy bien que tú no das pié con bola en tus propios negocios, pero en fin, como eres mi hermana mayor, mas vieja que yo, y tia de tu sobrino que ya tiene mas de veinte años, y como tambien hay ciertas cosas en que las mujeres, aunque sean bobas, saben mas que Lepe, voy á darte la noticia de que he resuelto traer á Canuto y casarlo: por consiguiente, hazme el favor de ir echando el ojo por ahí con mucho secreto y disimulo á una moza del pueblo que sea buena ¿entiendes? Yo por mi parte no te encargo sinó que además sea hija de madre gorda y buena cristiana, y que no sepa todavía muchas alicantinas

A la hermana, con la alegría que le produjo la noticia, y con la idea de la importante comision que le daba don Rufo, ni le pasó por el pensamiento hacer la menor observacion á lo de vieja ni á lo de boba, aunque eran cosas... que no le hacían mucha gracia. Lo único que contestó muy entusiasmada y satisfecha fué.

—Deja tu, *Póchon*, yo cuidado.

Por supuesto, la tal Doña Rufina, como su hermano la llamaba, se dió tan buena maña, que aquella misma tarde ya estaba enterado todo el vecindario de que capitán Rupo ha-

bía de traer el hijo y que andaba buscando una muchacha con quien casarlo, novedad que hizo una gran sensacion en el pueblo.

Desde el dia siguiente se vió el buen hombre rodeado de tales atenciones por parte de los padres y madres de hijas casaderas, que no pudo quedarle la menor duda de la discrecion y discernimiento con que su hermana mayor, mas vieja que él, iba manejando el asunto; y esto le hacía tantas mas cosquillas, cuanto se daba á entender que en una materia tan peliaguda, había empezado por cometer una torpeza.

Este, que antes apenas lo saludaba, ahora no dejaba pasar la ocasion de acercársele con la mayor cordialidad; aquella, que en su vida se había cuidado de él, ahora al verlo exclamaba:—¡cuánto tiempo que no nos vemos, capitán Rupo; los sentimientos de mi corazón, sábelos Dios!—Hasta las viejas avinagradas le hablaban sobándole la ropa, y el padre cura le daba golpecitos en el hombro diciéndole:—¡Bienteveo, aunque no me las digas, ya sé yo tus cábalas y tus *marramuncias*.

—Ahora que todas están prevenidas, ¿cómo ha de saber esa desgraciada cuales son las malas ni cuales son las buenas? decía cólerico D. Rufo. ¡Nos hemos lucido!

Con estas cosas estaba el pobre hombre dado á todos los diablos, y cuando la hermana venía muy solícita á darle cuenta de sus diligencias, él la interrumpía diciéndole.—Sí, sí, busca, busca, que yo te las iré desechando todas una por una; y se iba dejándola como el gallo de la fábula, con la voz en el pescuezo, y sin saber de donde soplaba el vendabal.

En esta disposicion de ánimo de D. Rufo, llegó el domingo, y poco después de misa mayor, vió venir, hácia su casa una Doña Ceferina viuda de un sargento retirado que había residido muchos años con alguna hacienda en el pueblo, sanota y regordeta, la cual solía visitar á su hermana, y que por esta vez traía consigo sus cuatro hijas. Don Rufo se dijo al verla venir las palabras del padre cura: ¡Bienteveo! Ya sé yo tus cábalas y tus *marrullerías*; pero como la hermana no había vuelto de misa todavía, salió á recibir la visita.

Nunca había fijado la atencion que digamos en las muchachas, pero ya que la ocasion se le venía á las manos, quiso hacer algo por sí mismo y explorar el campo. Agasajó todo lo que pudo á la madre y á las hijas, les mandó hacer el consabido choco-

late, que es el *non plus ultra* de la cortesía en las costumbres de los naturales del país, y mientras que el chocolate venía, se sentó á darles conversacion.

—Con que á lo que me parece, dijo dirigiéndose á la mayor de las hijas de Doña Ceferina, tu eres la que ha estado un año educándose en Manila?

La interpelada era una mocita muy redicha y parlanchina y contestó afirmativamente.—Si señor para servir á usted.

—Y dónde parabas?

—En el colegio, para servir á usted.

—No hija, no sería precisamente para servirme á mí, sino para aprender; pero vamos á ver ¿qué te enseñaron allá?

—Yo le diré á usted: muchas cosas. De ejercicios mecánicos, coser liso y pespunteado, hacer ojales, bordar de sencillo y de calado, y marcar y otras muchas cosas. Y de ejercicios intelectuales, yo estudiaba el Rueda que tiene la historia sagrada y profana...

—Profana? ola! entonces habrás aprendido la historia de Bernardo del Carpio.

—No señor: esa no.

—Pues es lástima, porque de las que yo he leído es la que mas me gusta. ¿Y qué mas había en el rueda ó la rueda ó lo que sea?

—Yo lo diré á usted... Aritmética, y Geometría, y Matemáticas...

—Matemáticas tambien?

—Y Retórica...

—Retórica!! pues digo que no anduvieron acertadas las buenas señoras en darte ese libro. ¿Qué desdichado se ha de casar con mujer que sepa retórica? Pues si solo con su gramática parda la mas lerda de las mujeres es capaz de marear al diablo! ¡Retórica! y repitiendo retórica pasó á la segunda de las hijas de la viuda.

—Y tú, le preguntó ¿hás aprendido retórica tambien?

A esta le daba por el laconismo y por los monosílabos, así fué que contestó simplemente.—No.

—Me alegro, dijo Don Rufo ¿y la historia profana?

—Tampoco.

—Mejor: pero en fin, ¿qué te han enseñado de todas esas cosas que le enseñaron á esta?

—La guitarra.

—¿Cómo... la guitarra? Te han enseñado á tocar la guitarra? pues no me habían dicho que supieras música. ¿Y á cantar, te han enseñado?

—Sí.

—¿Y qué cantas?

—El sombrero de *sipisapa*.

—Pues mira hija, te aconsejo que te cases con un bailarín para que podáis entre los dos hacer una familia de músicos y danzantes.

Don Rufo pasó á la tercera de las muchachas, y notando que era muy buena moza y que iba muy bien puesta, la dijo:—Y tu hermosa, que en verdad que lo eres, y muy elegantona también, ¿qué cosas sabes hacer?

—Yo, respondió la preguntada con un poco de esa impertinencia de las jóvenes que saben que son bonitas, nada sé hacer: soy muy torpe.

Aquí creyó deber intervenir la madre.—No, Don Rufo, no la crea usted; es la más habilidosa de mis hijas. Sabe hacer dulces y flores de papel, y es la modista que nos corta las camisas y las sayas con cola, y la que peina á sus hermanas á la *fo*. ¡Pues vaya! si esta es la que salió de princesa mora en la comedia del *Si campeador*. Ella misma se hizo su vestido y el de Apolo.

—¿Cómo el de Apolo?

—Si señor: pues qué, no se acuerda usted que también salió Apolo en la comedia?

—Pero Nanay, ahora que me acuerdo, Don Rufo podrá decirnos... y volviéndose á él, añadió ¿Apolo era moro?

—No hija: ¿cómo moro? cristiano y muy cristiano.

—Pues entonces, arguyó la moza, ¿porqué llevaba tantas plumas en el morrion y capa con bordalesa?

—Las plumas, dijo Don Rufo rascándose una oreja, serían para escribir, y la capa supongo que para arroparse con ella si le daba frío en la comedia.

—No: si la capa era de punto de encaje con estrellas, porque las estrellas y la luna son su Dios de ellos.

—De qué ellos?

—De los moros.

—Ah, sí: pero ahora que hablamos de los moros me ocurre á mi que tu madre no obró muy cuerdamente dejando que te hicieras princesa mora, porque ahora quien sabe si te podrás casar con algún cristiano.

La buena moza hizo un gestito de desden, pero don Rufo no lo advirtió, y pasó á la última de las chicas de su vecina, que apenas podía tener unos trece años, la cual se puso en pié como un chiquillo de la

doctrina, cuando vió que le llegaba su vez de ser interrogada.

—No tienes que levantarte hija mia, ni menos por qué ponerte colorada, la dijo don Rufo; si las cosas que yo te he de decir á tí son puras tonterías: y viendo que la niña no se sentaba ni sosegaba, la tomó cariñosamente de la mano y la atrajo hácia sí. Vamos á ver, continuó para darla confianza: observo que tu hermana la modista no te ha querido hacer á tí saya de cola ni peinarte á la *fu* ¿como ha sido eso?

—Yo no sé: dijo la chiquilla. Tal vez como yo no soy bonita.....

—Pero no hay tal: porque tu sí eres bonita, muy bonita.

—A mi tampoco se me dá mucho de no tener saya con cola.

—Y á mi menos, respondió don Rufo: al contrario, me parece que así estas más limpia y más suelta. ¿Qué dices tu?

—Si señor, así es.

—Pues estamos conformes sobre ese punto, y pasaremos á otro: ¿sabes ya leer y escribir?

—Si señor, pero tengo muy mala letra.

—Pues tampoco te debe importar un cacao, porque á bien que probablemente no tendrás nunca que poner oficina. Y coser, sabes coser?

—Si señor, sé.

—Ah..... ya caigo. Tu coses las sayas de cola y los vestidos de comediantes que corta tu hermana, y seguro que sí no tienes muy buena letra, tendrás muy buenas puntaditas, pues esas cosas, á lo que yo entiendo, no se deben coser de *gilacó*.

—No señor; si lo que yo coso es la ropa vieja; los rotos y los descosidos que trae la lavandera, y para eso, ya vé usted que no se necesitan muchos perfiles.

—¡Vive Dios que tienes razon, dijo don Rufo casi entusiasmado, y que por lo que voy viendo tu eres de las hijas de tu madre la que tiene sentido comun! Pero no te vayas que voy á hacerte una última pregunta. ¿Qué es eso que estás apretando y sobando en esa otra mano cada vez que yo te dirijo la palabra?

—Nada: no, no es nada, balbuceó la niña evidentemente turbada y escondiendo á la espalda la mano á que don Rufo se refería.

Las hermanas se reían y la madre animaba á don Rufo guiñándole y diciéndole:—Sí, sí, pregúntele usted, y que le enseñe lo que guarda.

—No Nanay, por amor de Dios, que me dará mucha vergüenza.

—Vergüenza! dijo don Rufo; entonces es alguna cosa mala.

—No señor, no es cosa mala, no: yo se lo aseguro á usted.

—No, no me lo enseñes: es alguna cartita: ya sé.

—¿Cartita? no, yo no recibo cartitas de nadie: créame usted, porque yo no miento nunca. Puede usted preguntárselo á mi Nanay.

—No hay necesidad: guárdala, guárdala; ya sé que es una cartita. Tan jovencita y ya tiene novio!

La chiquilla llevada al extremo, roja como un pimiento chile, y queriendo saltarle las lágrimas, sacó rápidamente la mano que escondía y la entreabrió un instante, no mas que lo absolutamente necesario para que Don Rufo pudiera ver que no era un papel lo que guardaba; pero Don Rufo pudo ver además de eso, que lo que procuraba esconder era un *Taliguenguem!*

—¡Ola, ola, señorita, le dijo entonces; con que usted quiere ganar mi voluntad?

—Sí señor, respondió la niña bajando los ojos avergonzadísima.

—¿Y para qué quieres tu ganarla? sepamos.

La muchacha veía alternativamente á Don Rufo, á su madre y á sus hermanas, y no acertaba á hablar como si se le atarugasen las palabras. Su interlocutor entendió al fin que la niña no quería ó no podía esplicarse delante de su familia, porque con su buen juicio y conocimiento del mundo sabía bien que hay á veces ideas tan íntimamente sentidas, que no se pueden revelar sino en los oídos de la persona que las hizo nacer. Llevó pues la niña á la ventana de la sala y una vez allí,—aquí, la dijo, nadie nos escuchará: háblame con franqueza. ¿Para qué quieres tu que yo te tenga voluntad? ¿Quiéres tu que yo te *dé de casar* con Canuto cuando llegue?

—Si yo no lo conozco á él, ni él me conoce á mí!

—Eso no importa, ¿Quiéres casarte con él?

—Con él, no.

—Pues con quién? ¿conmigo?

—Si señor.

—Dios me asista! y de dónde te ha venido ese capricho hija? Tu piensas que yo soy bonito?

—Yo, señor, no sé eso, pero si sé que usted es muy bueno; y luego, como veo á mi Nanay que llora y que le hace novena á la Virgen para que alguna de sus hijas

se case, porque dice que no hay nadie en el mundo que la proteja, y que por eso los casamás de las tierras están jugando con ella, de modo que pronto tendrá que venderlas ó empeñarlas para mantenernos; dándome á mi todo eso una pena tan grande que parece que me voy á morir, no por mí, sino por ella y por mis pobrecitas hermanas. Y luego tambien que yo he pensado, que cuando usted sea muy viejo, no le pesará tener á su lado quien lo quiera y quien lo cuide.....

¡Qué me habia de pesar! la interrumpió D. Rufo, y sin poderse contener le echó á la chiquilla un brazo en derredor del cuello y la besó.

La pobre criatura se dejó besar, pero sea por rubor, sea porque el esfuerzo que acababa de hacer era superior á su debilidad, rompió en llanto con una angustia grandísima. D. Rufo no sabía qué hacerse; la enjugaba las lágrimas y la rogaba por todos los santos del cielo que no llorara; mas como viese que la chiquilla no podia reprimir su aflicción, concluyó por decirle muchas veces. Sí, hija mia: no tengas cuidado: nos casaremos, nos casaremos. ¿Qué cosa mejor podíamos hacer tú y yo?

En esta concesion obraba D. Rufo como la madre que para hacer que callara su chiquillo le ofrecia que habia de darle la Luna; por la verdad era que por aquella vez el señor Bienteveo habia visto perfectamente claro que no era tan difícil, aunque estuviesen prevenidas por las indiscreciones de su hermana todas las mozas del pueblo, hallar una *buena* para hacer la felicidad de su heredero.

Por supuesto, es inútil decir que antes de que su elegida cumpliera los quince, ya le habia dado por compañero al precóz bachiller en artes, y constituido el protector de la familia.

Empero, queda en pié y sin resolver la cuestion del *Taliguenguem*. Este resultado ¿fué debido á la virtud de la planta? Las gentes del pueblo decian á una que *sí*: los *Taliguenguenes* se hicieron de moda y no habia muchacha que no deseara adquirir uno para los casos apurados. A la desposada le habia enseñado su ilustrado conjunto á decir que *no*, pero ella llevaba su *Taliguenguen cito* muy disimuladamente entre los adornos de su peinado de boda, y despues lo estimaba en mas que todas las alhajas de la difunta Colasa que el bueno de don Rufo le habia echado encima.

En cuanto á mí, yo creo tambien, que *sí*

que dicho resultado fué debido á la virtud, pero nó precisamente á la del *Taliguenguem*, sino á la del corazon de la muchacha que, segun espresion de don Rufo, era un granito de oro.

(Continuará.)

ETNOGRAFIA.

LOS LLAMADOS CRIOLLOS MORENOS DE CAINTA.

No conoce la ciencia problemas mas oscuros que los relativos á la clasificacion de las razas en la especie humana. Las dificultades de esta clase de estudios suben de punto á medida que las generaciones se suceden, borrándose en las mezclas ó razas intermedias los caracteres distintivos de las que parecian antes físicamente mas separadas. Aquí mismo, en las Filipinas, asistimos á esa constante modificacion, que lenta y progresivamente transforma los tipos primitivos que, á su vez, proceden de semejantes y mas remotas épocas en que se fundieron, muy de prisa si era la guerra el móvil principal, y con mas lentitud por otros medios, la razas de mas distantes rasgos y caracteres físicos y morales.

Los indígenas de Filipinas se consideran, por los naturalistas, formando parte de la numerosa raza malaya; y cuando se toman en cuenta analogías sorprendentes, no solo físicas sino de hábitos y costumbres, entre los habitantes de la zona marítima de las innumerables islas de la Malasia y los que pueblan la Cochinchina, Camboja, Siam y península de Malaca, no se puede admitir la conjetura, tan en boga antiguamente, de que procedían de la Polinesia, los primitivos pobladores ó invasores del archipiélago Filipino, como los polinesianos procedían de América.

Para otra menos aventurada da ocasion el hecho de que, no solo en todas las islas de la Malasia, sino en las comarcas del Asia Oriental cuyos pobladores tienen admirable semejanza con los de aquellas, se encuentran en los montes pequeñas tribus ó familias dispersas de los que aquí llamamos aborígenes, los aetas ó negritos, que principian tambien á fundirse con la raza mas numerosa, como se advierte en pueblos de Tayabas, Pampanga alta y algunos otros de Luzon. No vemos que pueda rebatirse con datos y sólidos argumentos la hipótesis de que un antiguo des-

bordamiento guerrero de la raza mongólica haya lanzado de la zona marítima y llanuras de dicha región asiática y de las islas malasianas los primitivos habitantes, arrebatándoles sus mugeres y dando así origen á la raza malaya, en la cual se encuentran algunos rasgos de la mongólica y ninguno de las razas del Indostan y de la Polinesia, ni tampoco de las americanas.

La fisonomía malaya es de las mas características, distinguiéndose á primer golpe de vista en un grupo de individuos de esta raza uno que á ella no pertenezca, sea mas ó menos cargado de color. Los pómulos salientes, la frente alta y deprimida, la nariz aplastada, que en muchos individuos podría decirse embrionaria, los ojos rasgados, y en la mayoría ligeramente oblicuos, el cabello negro, grueso y lacio, la boca bien conformada aunque mas bien grande que pequeña, la estatura corta generalmente, cuerpo delgado, flexible, hasta esbelto y dotado de miembros bien proporcionados; tal es el conjunto que ofrece el tipo en general, que en las mezclas, resultado de uniones con individuos de raza mongólica, no hace mas que aclarar el color y destacar sus rasgos principales, ofreciéndose mas perceptible la especial indicacion respecto á la oblicuidad de los ojos: el individuo se identifica mas, por decirlo así, con su tronco originario, de singular energía de asimilacion, pero no se opera en él ninguna de las grandes transformaciones que son ordinario resultado de las uniones de malayas é individuos de raza no mongólica.

Y estas observaciones no son de aquí solo: una coleccion de retratos de mugeres javanesas y siamesas, hecha obstraccion de los trages y tocados, nos dá los mismos tipos escojidos y agradables que tanto abundan en estas provincias entre las familias cuyas mugeres no trabajan en el campo y pasan una vida mas sedentaria disfrutando de algunas comodidades.

Esta facilidad con que se distingue aquí, entre la multitud, un tipo extraño, me hizo fijar la atencion hace algunos años, y en el camino de Antipolo, en dos ó tres individuos que encontré desde Cainta á Taytay. Muy morenos, casi negros, ó mas bien del color de los aetas, altos y bien proporcionados, con una admirable regularidad de facciones, con nariz aguileña, pequeña boca, ojos perfectamente delineados y de mirada humilde, bondadosa y franca, que no revelaba la suspicacia que se advierte por lo

general en la de otros campesinos de esta tierra; me sorprendieron esos hombres como tipos tan distantes de los indígenas. Quise hacer preguntas á uno de ellos, pero fué imposible el entendernos, y me quedé con mi curiosidad, que renacía siempre que leía algo sobre razas del país, y con mas intensidad porque, no habiendo encontrado la menor aclaracion á mis dudas, y solo averiguado que había muchos de esos individuos en Cainta, el problema subia á mis ojos en interés. Los tipos á que aludo me parecieron desde luego pertenecientes á razas indostánicas del Sur y entre las cuales se reclutan los cipayos del ejército anglo-indo, de que había visto un hermoso batallon en Singapoore.

Solo muchos años después de mi primera observacion he podido dedicar un dia al estudio de esa singularidad que ofrece aquel pueblo del distrito de Morong, donde, sin embargo, no se conserva tradicion alguna que la explique, y sí varias ridículas preocupaciones acerca de ella, porque suponen procedentes de negros esclavos, y en tal concepto, seres inferiores, á hombres que proceden de una de las mas antiguas y nobles razas que pueblan el Asia.

De ideas sueltas y conjeturas recojidas fuera de allí resulta que, durante la ocupacion de Manila por los ingleses en los años de 1762 á 64, desertaron muchos cipayos, y aun en una ocasion, y á consecuencia de castigos severos después de muy penoso servicio, desapareció una companía entera dejando en Manila á sus oficiales y sargentos; y ese es el origen de los morenos que forman hoy un barrio con cinco cabeceras en Cainta, y una cabecera en Pasig, habiendo algunas familias sueltas, aunque en corto número, en otros pueblos. La noticia exacta de su origen, primitivos nombres y residencia, constarían, sin duda, en los libros parroquiales, porque los primeros, no siendo cristianos, habrán sido catequizados y bautizados en los pueblos donde se presentaron; pero en Cainta no se conservan libros parroquiales de aquella época, y nada se puede aclarar por estas interesantes anotaciones.

Los morenos se han ido mezclando con familias de naturales, siendo ya en corto número los que tienen el color oscuro de la piel que corresponde á la raza de sus antepasados; pero es de notar como conservan los rasgos fisonómicos y los hermosos niños que tienen, algunos de los cuales llaman extraordinariamente la atencion bajo este concepto.

Los adultos son todos sementereros y pobres, pero laboriosos, humildes y muy formales en el cumplimiento de su obligaciones. Un cabeza de barangay me aseguraba suceder á menudo que los tributantes morenos le llevan á casa el tercio, tan pronto se publica el bando de abrirse la cobranza. Esas gentes tendrian excelente acogida en la Capital y mejorarían mucho de condicion.

¿Porqué les llaman *criollos* en Cainta? No lo sé y ellos tampoco. ¿Viene tal vez de ese nombre mal aplicado al que allí (no en Pasig) les cobren derechos parroquiales por la tarifa de los mestizos españoles? Pero no hay lógica en Cainta, donde no los merecen como vecinos, puesto que los tienen en menos, bien recargados en los servicios personales, y les hacen pagar, sin embargo, como si fueran raza privilegiada.

Es lo notable la ignorancia de los morenos de Cainta sobre su origen: nada absolutamente saben, sinó los absurdos que han propalado otras personas que no son de su raza. Hasta he tenido ocasion de hacer preguntas á una anciana de mas de cien años, viuda de un moreno y que debió conocer, á fines del siglo pasado, algunos de los cipayos desertores; todo lo habia olvidado. Al lado de ella ¡caso bien poco comun! estaban algunos de sus hijos, nietos, biznietos y tataranietos, morenos tambien. Los hijos y nietos, ya ancianos, no sabian mas que la abuela. En cinco generaciones, ó mejor dicho, desde la segunda, habian perdido los morenos sus tradiciones de origen. ¡Parece increíble!

Los buenos informes que me dieron en Cainta de la conducta de los morenos, me recuerdan la estimacion en que son tenidos en la isla de la Reunion los malabares inmigrantes para el cultivo de la caña-dulce y muchos de los cuales se radican allí. Si mediante un previo convenio con las autoridades inglesas fuese esto asequible, y suponemos lo sería porque hay sobrante de poblacion en el Indostan, esos serían los mejores colonos para los campos cubanos, organizados antes el trabajo y la division de la propiedad á fin de que encontrasen agradable su nueva patria adoptiva; puesto que allí, y dígase lo que se quiera en contrario, no hay que esperar vaya el europeo á cultivar la caña, como no conviene vaya el chino que no es mas que trabajador temporero y nunca colono poblador.

E. V.